

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 12 de Enero

Núm. 2

## SUMARIO

La nacionalización de las tierras como medio defensivo .....  
Noticia de Libros .....  
La América Latina, si fué a Nicaragua.....  
La libertad de amar en la Rusia soviética.....  
Hermanos .....  
Carlos Mérida (y 2).....

Carlos Wylde Ospina  
Máximo Soto Hall y Carmen Lyra  
Francisco J. Sierro y Rojas  
Mariblanca Sabas Alomá  
Roque Laurenza  
Luis Cardoza y Aragón

Gris .....  
María Eugenia Vaz Ferreira.....  
Una hora con Gonzalo Carnevali.....  
El que pasa.....  
El marido de la maestra.....  
La mañana golpeó los cristales.....  
Aceitunos y olivos.....  
Tablero (1929).....  
Max Jiménez  
Alberto Zum Felde  
Germán Arciniegas  
J. J. Salas Pérez  
Montiel Ballesteros  
Francisco Amighetti  
B. Sanín Cano

## La nacionalización de las tierras como medio defensivo

Cobán, A. V.

16 de setiembre de 1928.

Señores Director y Jefe de Redacción de *La Idea*, don Antonio Escoto y don Efrén Castillo.

Quezaltenango.

Muy estimados amigos:— He venido leyendo, con la atención que el asunto merece, las atinadas consideraciones de *La Idea* acerca de la nacionalización de las tierras y la implantación del crédito agrícola en Guatemala. Yo, que sólo creo en el nacionalismo de los hechos positivos, siento verdadera complacencia en ver al diario de ustedes orientando sus mejores y más serias actividades por ese rumbo, el único que puede conducirnos, a los centroamericanos, a la salvación del último resto de autonomía económica e independencia política que aún nos queda.

Yo, como ustedes, hace mucho tiempo que sustentó el criterio de que «quien posee la tierra posee el país». Así lo escribo en libro que ustedes conocen en parte, donde dedico un capítulo entero, de no poca extensión, al desarrollo de este postulado, sin duda esencial para la vida y libertad de las repúblicas indohispanas. El liberalismo, como doctrina política, está evolucionando hacia el agrarismo en América Hispánica, porque todos nuestros problemas sociales tienen esa base. El georgismo, o sean las teorías de Henry George que buscan la reforma social mediante una más perfecta repartición de la tierra y un nuevo concepto de la propiedad, está tal vez llamado a ser la fuente en que se inspiren nuestros futuros partidos, cuando se abandonen las viejas quimeras y se tenga de la actividad política un concepto más racional, más humano y más positivo, así por los pueblos como por los gobiernos.

Por la tierra nos perdemos y por la tierra nos salvaremos. Es en ella donde radica el problema entero de nuestra

nacionalidad, y si se quiere, de la raza. Lo demás es coadyuvante. De aquí que la única política racional del estado debe ser la agraria. Así lo ha hecho Argentina, donde la literatura misma coopera en la popularización de este concepto primordial. Así lo ha intentado México y así lo está realizando Colombia y otros países del sur. Tal ejemplo debería ser imitado por Centro América, donde el ministerio de agricultura habría de tener el carácter y las atribuciones de un verdadero ministerio general, a cuya gestión estuviesen, en cierto modo, supeditados los demás organismos administrativos.

En Guatemala, la nacionalización de la tierra y el desarrollo de los medios

de distribuir los productos de manera rápida y barata, constituye el punto de partida de lo que llamaré obra de salvamento. El diario de ustedes preconiza, para lograr tal fin, el uso exclusivo de las armas económicas, fundación del crédito agrícola y territorial; red caminera eficiente y cuantos recursos de este género aconseja el buen sentido.

No me aparto de esta mira: el poderío económico, como todos sabemos, ha venido a sustituir, en el mundo moderno, al poderío religioso y militar de otros siglos. Sólo que los factores económicos, con todo y su importancia esencial, no me parecen exclusivos en nuestro caso. La obra económica debe tener dos respaldos indispensables, si no queremos que el instrumento aguzado para nuestra defensa se vuelva contra nosotros al caer en extrañas manos. Y esto no es un peligro remoto ni fantástico. De las fuentes del crédito puede apoderarse el capitalismo extranjero, o, en el mejor caso, el capitalismo criollo, representado por nuestros prestamistas y banqueros, como está ocurriendo con el Banco Central, donde la influencia de estos últimos elementos es decisiva. Nuestros caminos de piedra o macadam pueden convertirse del mismo modo en vías monopolizadas, servidas de intereses enemigos, como lo son ya los caminos de hierro. Los medios de distribución de los productos no estarían lejos de sufrir análogo destino, contando, como tiene que contarse, con la venalidad y la ineptitud gubernativas.

Tenemos, pues, que defendernos tanto de la codicia extraña como de la abulia y la inmoralidad propias. El problema abarca dos grandes



Por Carlos Mérida.

cuestiones. Una de economía y otra de legislación. Ya sabemos qué punto comprende la primera. La segunda se dirige a impedir que las tierras pasen a poder de los extranjeros y que los medios de producción y distribución de la riqueza caigan bajo el monopolio de los mismos, o de un pequeño grupo de plutócratas criollos.

Ya se ha pensado en un remedio radical antes de ahora, puesto que las medidas parciales no harán probablemente sino empeorar las cosas. Un distinguido profesional amigo mío, tras de algunas pláticas con un alto funcionario público, recibió encargo de éste para «cristalizar sus ideas a fin de que en la Constitución quede un principio que impida a los extranjeros seguir adquiriendo propiedades raíces en la república». Pocos días después mi amigo se presentó con el alto funcionario y le dijo: uno de los artículos reformables de nuestra carta magna es el noveno, que habla de los derechos de los guatemaltecos; puede introducirse en ese artículo un inciso que diga: *Adquirir bienes raíces en el territorio nacional*. El alto funcionario, con la aprobación de su jefe inmediato, llevó la sugestión al seno del gobierno, pero ésta fue rechazada por la generalidad de sus miembros con esta razón: *No hay que tocar a los extranjeros; acordémonos que ellos botaron a don Manuel (!)*

Este absurdo criterio privó y la reforma constitucional no contuvo tan necesaria prescripción. Y sin el amparo de la ley, a la obra nacionalista le falta una de sus columnas angulares.

No se trata de palabras, sino de hechos. Los extranjeros, con la ayuda de su inmenso crédito y de su excelente organización, seguirán adquiriendo bienes raíces y titulando terrenos baldíos en la república, y lo harán de preferencia en aquellas zonas, hoy inexploradas, que nuestro esfuerzo vaya despertando a la existencia activa. (Al respecto, y si mis observaciones tienen la fortuna de interesar a ustedes y a sus lectores, ruégoles leer mi artículo titulado *El problema del Petén*, que a estas horas ya debe de haber publicado *El Imparcial*, de Guatemala).

El crédito agrícola y territorial de la misma manera, debería ser defendido legalmente de la intromisión y hegemonía, más que probables, del capital extranjero, mediante pertinentes modificaciones a la ley de instituciones de crédito.

El respeto riguroso a las libertades económicas que la Constitución consagra, por parte del gobierno, es también indispensable. Debe cesar toda concesión, debe abolirse o rechazarse todo contrato que entregue nuestras vías de comunicación, nuestros puertos y nuestros recursos de tal género al monopolio o hegemonía de las grandes empresas capitalistas extranjeras.

El otro gran respaldo de la obra nacionalista, por así decirlo, radica en la reforma de la educación popular, impartida o reglamentada por el Estado. Su principal objetivo ha de ser capacitar al guatemalteco para la defensa de sus tierras y la explotación científica de los

recursos naturales de su país. Con esto queda dicho que se trata de sistemas educativos en que la técnica ocupe el primer puesto, sin descuidar por tal causa el aspecto espiritual: porque, a pesar de nuestras pretensiones, somos un pueblo tan carente de técnica como de espiritualidad elevada. Nos la damos de líricos y soñadores, pero en realidad estamos corroídos por un egoísmo sordido, que nos hace despreciar las inmensas ventajas del principio de cooperación, aplicado a las actividades sociales, y buscar la prosperidad individual aún a costa del bien colectivo, como si éste no fuese la única forma estable del bienestar personal. Espiritualizarse es capacitarse para alcanzar en la vida los más altos destinos a que el hombre está llamado por su organización; y ninguna obra material será grande ni duradera si no la rige y orienta el espíritu. Esta superior concepción, que ha hecho ricos y poderosos a los más famosos pueblos

de la historia, es la que falta en nuestra educación. Se nos enseña a ser utilitaristas en el sentido de un bajo egotismo, y ni siquiera se nos adiestra en el empleo de los instrumentos que la misma técnica moderna ofrece para construir el progreso material. Nuestro patriotismo es de labios afuera, pues rara vez posee fuerza suficiente para imponernos un sacrificio personal en provecho de la patria infortunada.

Sin esto, y mucho más que podría decirse, el empeño nacionalista, que hoy apunta por todas partes, no pasará de logomaquias inofensivas, que a la postre nos pondrán en ridículo ante los observadores extraños. La hora parece decisiva: ojalá lo comprendan bien los hombres públicos y lo sepan apreciar los pueblos.

Les felicito por sus nobles propósitos, y soy de ustedes el amigo y el compañero afectísimo de siempre,

Carlos Wyl d Ospina

(La Idea, Quezaltenango.)

## Noticia de libros

Cómo se formó el país argentino, de José Manuel Eizaguirre

Señor don  
José Manuel Eizaguirre

E. S. M.

Mi muy distinguido y respetado señor Eizaguirre:

A otro autor que no fuera Ud., me abstendría de darle opinión sobre uno de sus libros, cualquiera que fuese, por la razón sencilla de que no me creo con autoridad suficiente para realizar esa labor. En cambio, teniendo en cuenta la benevolencia con que Ud. recibe todo lo mío y la seguridad plena que tiene en la sinceridad que informa todo mis actos, no vacilo en hacerlo, escribiendo estas líneas que le ruego guarde como el recuerdo de un amigo que lo admira tanto como lo quiere.

La sobriedad del estilo, la claridad de exposición, el rigorismo de método y la disciplina de la ideología, prendas son en su libro, que me han hecho recordar al autor de *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*, aquel admirable Hipólito Taine, de quien con atinado juicio ha dicho Manuel Sanguily: «Escribiendo tranquilo su gran libro, en que conculcaba tantas ilusiones y hería e increpaba en torno suyo el fanatismo y el interés de partido, ha dado una lección y un alto ejemplo de respeto propio y de respeto incondicional a la verdad». Apartando lo del fanatismo y el partido, las palabras transcritas, podrían, ser, con justicia, aplicadas a su importante obra.

Leyendo su libro le parece a uno asistir a la construcción de un gran edificio, desde el momento en que se ahondan las zanjias para colocar los cimientos, hasta que aparece terminado el cuerpo principal del mismo, y en vista de su solidez y su belleza, se abriga el deseo

vehemente de verlo pronto completamente terminado. Con el paso seguro y paciente del sabio que en un amplio corte, muestra las diferentes capas geológicas que lo componen y explica su formación y su estructura, así nos presenta Ud, los elementos y los hechos que han entrado en la composición de la nacionalidad argentina, y la vemos desde que se realiza la obra inicial del descubrimiento y la conquista, hasta la hora solemne en que los legistas funden esa nacionalidad en el molde severo de la carta fundamental. Sabemos, leyendo sus páginas, por qué aquella que se llamara tierra pobre, llevaba en lo que se creía su pobreza, el germen fecundo de la futura prosperidad; asistimos al fenómeno interesante de la parte importantísima que corresponde al factor español, en la vida de la joven república, pero a la vez a los otros factores de origen europeo, que han contribuido, dando así origen a lo que puede y debe llamarse raza latinoamericana; nos damos cuenta de cómo la acción despótica del español, primero, y la del criollo después, pesando sobre las razas primitivas, si bien cometieron una acción reprochable en el sentido humanitario, han contribuido decididamente a la depuración étnica y la formación del espíritu nacional; nos enseña cómo ese espíritu nacional, fortalecido y enérgicamente fomentado, se transforma en el imperio de la opinión pública que lo mismo castiga con rigor al virrey Sobremonte, por su incuria, que premia al capitán del navío Liniers, por su eficiencia. El pueblo que así se desarrolla, con esa noble virilidad, tiene que ser el de mayo y el de julio y, sobre todo, el de la constitución tardía, pero bien meditada y de bases inamovibles. Esta her-

mosa labor utilísima para los argentinos y muy importante para los extranjeros, da a su libro un positivo valor como esfuerzo patriótico de las mayores trascendencias.

No he de poner término a esta desaliñada carta, sin decir algo que si lo omitiera, cometería un imperdonable pecado de olvido. Su libro, por el estudio que Ud. ha hecho de la historia de América, sus conocimientos de biología y etnología, y, sobre todo, su espíritu de sutil y profunda observación, aunque dedicado a la Argentina, está lleno de conceptos fundamentales aplicables a todos los países de habla castellana en el continente. Ha logrado Ud. lo que el naturalista que en el estudio de un ejemplar, abarca en sus lineaciones generales a toda una especie del mismo origen y desarrollada en análogo método, sobre todo si el ejemplar que le ha servido para su estudio ha conseguido un mayor grado de evolución. Esta circunstancia que dá a su

obra un importante carácter de universalidad, será bien apreciada por los estudiosos de América, que hallarán en sus páginas, muchas enseñanzas útiles y nuevas referentes a sus respectivos países.

Esperando con ansia los nuevos volúmenes y con mi efusiva felicitación, soy de Ud., como siempre, cordial y cariñoso amigo.

Máximo Soto Hall

Buenos Aires, Rep. Argentina.

Los últimos libros de Montiel Ballesteros

Montiel Ballesteros, el escritor uruguayo,—autor de *Alma Nuestra*, colección de cuentos que son admirables apuntes humanos; de *Cuentos Uruguayos*, entre los cuales está aquel de *La Sombra del Ombú*, publicado en *Repertorio Americano*; de *La Raza*, novela uruguaya, etc.—nos ha

enviado sus dos últimos libros: *Luz Mala y Montevideo y su Cerro*, ediciones de mucho gusto de *Nuestra América* y de *La Bolsa de los Libros*, respectivamente.

De los dos, el que más me ha interesado es el primero con los tropismos de sus personajes, a quienes el autor contempla con la inteligente curiosidad con que el sabio mira los bacilos reaccionar ante estímulos externos.

Los cuentos *Montevideo y su Cerro* son escritos por mano que trata de pagar su tributo al arte modernista: figuras que se quiebran en prismas y poliedros, rodeadas de planos que dan conjuntos estrafalarios para nuestro viejo pensamiento, acostumbrado a la meticulosidad de los clásicos o al impresionismo romántico con sus fantasías de luz en la que se diluyen los cuerpos.

Carmen Lyra

Enero de 1929.  
San José de Costa Rica.

DESDE que leí el artículo de don Juan Ramón Avilés en el *Repertorio* del 1.º de diciembre pasado, me impuse la obligación de contestarlo, para aclarar ciertos conceptos, destruir sus sofismas y exponer, hasta donde me sea posible de claro, en la tribuna de esta revista, la situación actual de mi patria.

No me mueve en esta misión el afán partidista. He profesado, como la mayor parte de la juventud nicaragüense, devoción al señor Avilés; lo he admirado por su claro talento y por su habilidad de polemista, por su visión de los problemas nicaragüenses. Son esos sentimientos los que me impulsan a combatirlo hoy día, a fin de que rectifique sus errores y ocupe nuevamente en el periodismo nacional el puesto que desempeñó durante las luchas pasadas.

Defender a capa y espada la intervención en mi patria es hoy la misión de los periodistas nicaragüenses, hecha la honrosa excepción del Dr. Buitrago Díaz, quien mantiene desde las columnas de *La Tribuna*, con un gesto admirable y una devoción acendrada, la defensa de los nicaragüenses ultrajados por los invasores; y tratando de poner a salvo, en la medida de sus posibilidades, los últimos restos de la dignidad del país.

\*\*\*

Se lamenta el señor Avilés, en uno de los párrafos de su artículo, de la imposibilidad que tuvieron los políticos militantes nicaragüenses para construir, como deseaban, la libertad nacional. Sabido es

La América Latina, sí fué a Nicaragua

que si no se construyó fue por culpa de los políticos a quienes el señor Avilés ha aplaudido, desde las columnas de su periódico.

El señor Moncada (hoy Presidente electo) tenía esa intención. La revolución que jefeó tremoló ese lema. Restablecer la constitucionalidad, se decía. Y fue así como la revolución liberal contó con la simpatía de casi toda la América Latina. Pero los hechos se encargaron de demostrar todo lo contrario. La norma que se impuso, se le olvidó. Ante esa situación, la capitulación de Tipitapa, decimos: O los nicaragüenses revolucionarios no tenían ese propósito desde luego que depusieron las ar-

mas a una insinuación de su jefe, tasando en diez dólares el arma que tenían para construirla, o fueron obligados a renunciar a sus deseos por la intervención. Si lo primero, no tenemos de qué quejarnos, ni los que no fuimos a la revolución, ni los que vendieron el rifle; y si lo segundo, no acertamos a explicarnos los motivos para ensalzar la intervención en el país, ya que ella ha impedido a los nicaragüenses el realizar esa obra. Motivo sería para combatirlos como lo hizo él brillantemente desde su periódico, en otras épocas.

No han ido solos los nicaragüenses o los liberales nicaragüenses en la tarea de

orientar la intervención americana hacia otros derroteros. El señor Avilés se encarga de destruir la primera aseveración que hacemos cuando dice en su artículo: «es posible admitir que la crítica continental haya contribuido a lograr esa nueva orientación». Y si nos referimos a la segunda aseveración, sabido es que fue el señor Adolfo Díaz quien en documento tristemente célebre (toda una ejecutoria honrosa que le disputan hoy los liberales!!!) pidió al Presidente de los E. E. U. U. que le ayudara en la forma que tuviera a bien a arreglar el país. No encontramos, pues, esa soledad.

Si en las campañas políticas para renovación de autoridades son los oradores y los dirigentes los encargados de preconizar las bondades y excelencias de sus partidos; y si esa es una buena base para deducir lo que hará el partido triunfante, mayor razón tendríamos para afirmar que en Nicaragua la intervención puede haberse orientado por normas más vergonzosas todavía. En la prensa (hecha la honrosa excepción de *La Tribuna*), en la campaña toda, se encargaron sus oradores de elogiar todos los actos de los interventores. ¿Elecciones libres? ¿Acaso una elección no es para que cada ciudadano pueda externar libremente su voto por el candidato de sus simpatías? ¿Y los nicaragüenses pudieron hacerlo?

¿La intervención se ha modificado? Si. Los candidatos han hecho un pacto aceptado por casi todos los nicaragüenses a fin de que las elecciones venideras sean supervisadas

**QUIEN HABLA DE LA**

**Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

**CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELECTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO**

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

**FABRICA**

<p style="text-align: center;"><b>CERVEZAS</b></p> <p>Estrella, Langer, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla</p> <p style="text-align: center;"><b>REFRESCOS</b></p> <p>Kola, Zarza, Limonada, Naran-</p>	<p>jada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera</p> <p style="text-align: center;"><b>SIROPE</b></p> <p>Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
---	--

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSE — COSTA RICA**

por americanos. Los dos que se disputaron el poder se declararon de antemano incapaces para gobernar a su pueblo. Creemos que la primera condición para regir los destinos de un país es estar capacitado para ello. Según ese convenio, Nicaragua es a los ojos del mundo una república incapaz de existir. En Nicaragua no hay un hombre honrado. En Nicaragua no puede haber paz, no puede haber libertad, si no es (gran contraste), con el auxilio de las bayonetas norteamericanas.

Dice, también, que cuando el ejército libertador (*sic*) llamó a la América Latina «el silencio de los gobiernos apagó la voz de los pueblos», esa es una verdad, en parte, ya que la mayoría de los gobiernos de nuestras repúblicas no responden al sentimiento popular.

La América Latina ya se había hecho sentir dando armas al General Moncada, creyendo que iba a cumplir el programa que se había trazado, que llevaba el lema dado a los cuatro vientos de la opinión pública: restablecer la constitucionalidad, enmendar los crasos errores de los gobernantes conservadores, restablecer el orden y la paz huídos por desgracia del suelo nativo. Eso se creyó, y no que iba, como él pomposamente lo declaró en la Legación Americana acreditada en Managua, el 4 de julio de 1928: «Fuí a pelear, porque Uds. me mandaron. Me dijeron que no peleara, y ya está».

¿Qué pensará el General Moncada, ahora que recibe millares de telegramas felicitándolo por su triunfo, obtenido honradamente, según la declaración de tirios y troyanos? ¿Pensará en las grandes responsabilidades que contrajo al jefear una revolución tremolando un lema, para rendirlo después, ya vencedor? ¿Pensará en tanto desventurado caído bajo el plomo disparado por manos hermanas, los cuales fueron, sí, convencidos de que ofrendaban sus vidas por una Nicaragua mejor? ¿Pensará él que si uno solo de tantos sacrificados hubiera creído que daría su sangre para que al final, cuando ya se divisaban las torres de la capital y se había recorrido en jornada heroica toda la extensa zona que abarcaba la revolución, conviniera en deponer las armas porque ya se lo decían los yanquis que lo habían mandado a pelear?

El *Apra* designó sus repre-

sentantes y éstos no concurren. Pero es que el señor Palacios y todos los de mentalidad lúcida no pueden comprender cómo pueden ser legales a los ojos del Derecho unas elecciones verificadas con intervención de otra nación. ¿Ha leído el señor Avilés, detenidamente la Ley electoral del Gral. Mc. Coy?

¿Qué papel desempeñaron en las juntas electorales los nicaragüenses?

El General Mc. Coy tiene mucho ingenio y es por eso, sin duda, que le quieren erigir una estatua. Veamos una muestra, tomada de su Ley. «El Consejo Supremo Electoral estará compuesto de tres miembros, un liberal, un conservador y un Yankee. En las discusiones el voto que decidirá será el del yankee. Si los dos miembros nicaragüenses se ponen de acuerdo, el voto del yankee hará mayoría!!!» ¿Eso es Ley? Bajo el imperio de ese adefesio se llevaron a la práctica las elecciones libres en Nicaragua, no dejando inscribirse como partidos constituidos al Coreísmo, liberalismo puro, y al Autonomismo, que representa hoy día la dignidad nicaragüense.

¿Pero qué iba a hacer la delegación del *Apra* si regía tal Ley en nuestra patria? ¿Se iba a modificar para dar parte en las discusiones a los miembros de ella? ¿Se les iba a dar personería para que en el momento dado indicaran las deficiencias, los fraudes, las parcialidades? Seguros estamos de que no pudo haberse hecho y por eso mismo los felicitamos de no haber llegado a presenciar el bochorno de una elección a estilo yanqui.

Nicaragua, dice, se organizará tomando como modelo a los E. E. U. U. Gran descubrimiento. Gran idea. La traslación de leyes o de instituciones de un país a otro ha sido siempre un fracaso. Para que las leyes o instituciones puedan subsistir, preciso es que el mismo pueblo a quien van a regir haya dado la iniciativa, no ya por medio de vóceros autorizados, sino por la necesidad que lleva a implantarlas. Y si es fracaso una ley, una institución, ¿qué podemos decir, en el caso de Nicaragua? Nosotros nos contentamos con dar traslado al Sr. Stimson, el hombre prodigio, Pacificador de Nicaragua, Gran Psicólogo que puede resolver el problema nicaragüense en un instante, por haber opinado, en su informe al Presidente Coolidge, que la

adaptación de la Constitución de los E. E. U. U. es lo que ha llevado a estos pueblos al fracaso.

Si fué, señor Avilés, la América Latina a Nicaragua. Si va todavía a ella, que ha quedado reducida, según la frase del poeta Santiago Argüello, a las montañas de Segovia, donde lucha con todas sus fuerzas por nuestra soberanía ese «bandido» Sandino, como se le ha llamado en su periódico,

Francisco J. Sierro y Rojas

(Nicaragüense)

San José, de 1929.

## La libertad de amar en la Rusia soviética

La vida del mundo está envenenada porque el amor, en todas partes menos aquí, está perseguido como un crimen.—Sergio Carbó: *Impresiones de un viaje a Rusia.—La Semana*

**S**OBRE esta verdad tan grande,—expresada de modo tan concreto por Sergio Carbó en sus ultra-interesantes *Impresiones de un viaje a Rusia*, que viene publicando *La Semana*,—pudieran escribirse sendos tratados de sociología. El amor, perseguido como un crimen, constituye, en efecto, uno de los más trascendentales aspectos del gran problema social que hoy sacude las entrañas del mundo. El amor, sentimiento puro y natural, sano y sencillo, ha sido no solamente perseguido, sino también ultrajado, castigado, desfigurado, escarnecido. Estructurada la sociedad actual sobre las bases de un acomodaticio y estúpido concepto de la moral humana, ha consagrado como buenas multitud de normas y de costumbres que, lejos de fluir como caño de agua clara hacia la sed de perfección del género humano, se le han clavado como espinas en la propia vida violentada y deshecha.

Afortunadamente, enrojicidas albas lejanas anuncian al mundo el nacimiento de una nueva civilización. La conciencia del hombre se abre a un nuevo y levantado concepto de las cosas. Más humana, más inteligente, la era de civilización recién comenzada, promete al hombre mayores bienes en la tierra. Claro que lo subvierte todo, que lo revoluciona todo, que lo destruye todo. Pero nos da, en cambio, una moral sin flagelo y sin cilicio, una religión sin mercaderes, una justicia sin vendas y sin furias, una libertad sin libertinaje, un derecho ilimitado a la felicidad y a la vida. Abre nuevos horizontes ante

acompañado de sus «bandoleros». Va la América Latina a Nicaragua y seguirá yendo a ayudar material y moralmente a ese último vástago de los Libertadores, a quien un periódico brasileiro llamaba Hermano Menor de Simón Bolívar, hoy incomprendido por gran número de nicaragüenses, pero para quien esperamos, por parte de las generaciones futuras, un poco de justicia y un laurel simbólico.

nuestros ojos, cansados de contemplar tanta injusticia. Prende una llamarada de esperanza en nuestros veinte siglos de explotación, de miseria y de barbarie.

El amor, perseguido como un crimen, ha sido fuente inagotable de sufrimientos para la humanidad, especialmente para la humanidad cristiana. El hombre ha intentado rebelarse contra la tiranía política, contra la tiranía capitalista, contra la tiranía de la sociedad burguesa; pero apenas ha esbozado un gesto de rebelión contra ese monstruo de cien cabezas que se llama *la moral social*, en cuyo nombre se cometen los más graves atentados a la felicidad humana y a la perdurabilidad de la especie. La mujer, particularmente, ha sufrido con paciencia los rigores de todos los convencionalismos y de todos los prejuicios que han mantenido durante tantos siglos encadenada y oscurecida su *libertad de amar*, su derecho natural a ser madre y amante, sin que por ello nada ni nadie tenga que pedirle cuentas. Se le ha dicho: «Tú eres la depositaria del honor social; tú eres el vaso frágil que se quiebra al contacto con la realidad; tú eres el lirio inmaculado que el más ligero soplo empalidece y marchita. Doma tus instintos maternales; doma tu necesidad de amar y ser amada; violenta las leyes de la naturaleza; se casta... Legalizadas por el matrimonio, acepta todas las infamias, todas las explotaciones, todas las abyecciones. Sufre... Resignate... Llorar... Confía en Dios»...

Y así, en una subversión inconcebible de los genuinos

valores de la virtud y de la moral, un halo de santidad ha coronado la cabeza de la pobre mujer sacrificada, momificada, embrutecida, guiñapo sin mentalidad y sin espíritu que ha creído firmemente que sólo a costa de sacrificios se ganan las puertas del cielo. Esclava siempre,—y esclava orgullosa de serlo, salvo contadas excepciones,—del padre, del hermano, del esposo, del amante, del hijo. Esclava del hombre. Su inferior, no su igual. Su inferior, santificada de inferioridad.

Esta gran verdad ha sido comprendida por el gran pueblo ruso, que ofrece hoy al mundo entero el espectáculo grandioso de la formación de una sociedad nueva, gestada en las entrañas de un gran dolor milenario. La Revolución Rusa no ha creado tan sólo un nuevo estado político; ha creado, esencialmente, una nueva conciencia universal, más humana, más comprensiva, más alta. Ha *creado* una nueva moral, que consagra, entre otras cosas, el derecho que tiene todo individuo a escoger libremente su «otra mitad», y el derecho que tiene toda mujer de *no soportar una maternidad que la contraría, cualquiera que fuese el motivo.*

Ésta, que pondrá temblores de espanto en la conciencia de la burguesía, es una reforma trascendental.

En Rusia se considera como un crimen, (Sergio Carbó lo ha escuchado de labios de Ilá-riyá Dimitrievna), — «cargar a lo largo de una existencia con el cadáver de una pasión, bajo el látigo de leyes hipócritas, que violentan los principios naturales en obsequio de miserables cuestioncillas económicas.»— No se me escapa, claro, que *todo esto* parecerá a la *inmensa mayoría* de las personas que tengan la amabilidad de leerme, una verdadera *enormidad*. Pero sólo a primera vista. Analizada seriamente, esta *nueva* idea se acoplará perfectamente a la *sed de vida y de justicia* que allá, en lo íntimo de nuestro corazón y de nuestra conciencia, nos amarga y entristece la vida. Analizadas una a una las múltiples facetas de nuestro mecanismo social, ésta, la del amor considerado y perseguido como un crimen, ofrecerá a nuestra atención un campo ilimitado de análisis y deducciones, que nos llevarán como de la mano a la *comprensión* del alto espíritu *idea-*

*lista* que mueve a la actual generación rusa.

La *libertad de amar*,—polo opuesto del *libertinaje disfrazado de amor*—ha sido conquistada en Rusia. Rusia puede hacer, entre otras, esta maravillosa afirmación, galardón el más noble y levantado de la obra renovadora y regeneradora de la revolución marxista: *En Rusia no hay hijos ilegítimos*. Esta cosa bárbara de nuestra civilización que se llama el *hijo ilegítimo*, ha desaparecido. ¿No bastaría semejante conquista para inmortalizar la obra de la Revolución Rusa?... Resulta evidente que el matrimonio es una institución llamada a desaparecer. No será, ciertamente, como afirman los panegiristas de esta caduca institución, anegada en la ola de vicios y de depravaciones que de modo tan alarmante está depauperando a nuestra sociedad; sino por la acción demoledora de un pensamiento abierto y alto que se va enraizando lenta, pero firmemente en la conciencia universal. La institución matrimonial caerá como han caído las monarquías, como caerán mañana nuestras Repúblicas

burguesas: bajo el peso de sus propios errores, aplastadas por sus propias injusticias y por sus iniquidades legales. Hoy por hoy, el anuncio de la desaparición constituye un escándalo. Mañana el alba de un nuevo día anunciará a los hombres el comienzo de una nueva era: *La era de la moral y de la justicia verdaderas*.

Nuestros moralistas de *double*, nuestros sociólogos de catecismo, nuestros filósofos de bisutería, nuestros políticos y economistas del *ten cent*, pondrán el grito en el cielo y dirán de mí como indudable desprecio: «¡Bah! esas son teorías de una *comunista!*»

Pero los espíritus serenos— las mujeres de Rusia no ganan en espíritu idealista a algunas de nuestras más destacadas representativas, ni los hombres rusos tienen nada nuevo que decir a muchos de nuestros jóvenes pensadores— comprenderán que el ansia de renovación y de perfeccionamiento que hoy anima el espíritu humano, es más fuerte que la barrera de prejuicios que todas las sociedades burguesas del mundo le puedan oponer. Quiera la sombra o no, *La luz del faro in-conmovible atraviesa el corazón de la noche.*

Mariblanca Sábás Alomá

Habana, Julio, 1928.

## Hermanos...

A Dimitri Ivanovitch

*Déjate ya, poeta, de lirismos,  
de sentimiento estéril; no cantes al azul!  
Canta para que tu verso lleve esperanza  
al dolor de la multitud;  
para que al impetu sonoro del canto,  
como los muros de Jericó,  
caigan los convencionalismos absurdos  
que son murallas de abyección.*

*Canta por el oprimido,  
por el niño, por el hombre, por la mujer;  
por cuantos lloran y han llorado  
bajo la bota del burgués!*

*Mas no sea tu verso únicamente voz de trompeta;  
pon en tu verso la voz de tu corazón;  
haz que tu verso cicatrice las heridas del odio  
y lleve a los corazones el único remedio de la Humanidad: ¡el Amor!  
Dale a tu verso un sentido profundo,  
un impulso cordial y divino;  
deja que el hermano indio, el hermano mulato, el hermano chino  
sientan que habla por ti la voz del futuro del mundo.*

*¡Sea tu canción latigazo  
que despierte a la muchedumbre dormida;  
que en cada palabra de tu verso tiemble,  
como el agua hecha gotas en las ramas del árbol,  
la Vida!*

*Hermano filósofo, hermano orador:  
no engañéis al pueblo con palabrerías:  
¿a qué llenarle la cabeza de dogmas o imágenes  
a quien le falta el pan de todos los días?  
¿que fruto dan las conclusiones sutiles  
que la mente inculta no puede apreciar,  
en tanto que el estómago grita con toda la elocuencia del hambre:  
¡Pan!?*

*Hermano soldado; no apoyes al déspota,  
vuelve tu fusil contra los tiranos:  
piensa, proletario con uniforme,  
que los que oprimes por cuenta ajena  
son carne de tu carne, hueso de tus huesos,  
son tus hermanos!*

*Despierta de tu sueño, hermano obrero,  
lánzate a la conquista de tus derechos;  
no con la codicia del perro que busca su hueso,  
como el hombre que marcha a la conquista de un mundo nuevo.*

*¡Maestro, maestro,  
sembrador de la simiente de las almas;  
tú, que llevas en la mano la semilla  
que dará los frutos del mañana!  
Mira lo que haces con esos niños  
que son en tus manos tierra que aguarda:  
¿enseñales que son hombres, enseñales que la vida  
es una realidad y no una abstracción escolástica!*

*Hombre que veneras el nombre de Cristo,  
conservador que invocas al Dios Todopoderoso:  
¿no es Él quien te dice:  
Amaos los unos a los otros?  
¿No fue tu Dios al que crucificaron en Judea  
por el amor de todos?  
¿No te dijo Él que le vieras en el pobre  
que te tiende la mano, y al que orgulloso  
niegas la limosna que te pide,  
sin recordar que tu patrimonio  
(según lo enseña tu mismo Dios) es apenas  
riqueza común que Él te pone a administrar para bien de tus prójimos?*

*Hombre que gobiernas en nombre del pueblo soberano,  
y para quien el pueblo soberano es apenas  
corriente que mueve la rueda del molino  
que tú aprovechas:  
¡acuérdate de que el agua mansa se hace terrible  
cuando halla demasiados obstáculos en su carrera!*

*Poetas, filósofos oradores, soldados, maestros, obreros:  
hombres todos, todos nacidos de mujer, todos hermanos!  
Oid lo que os digo con la vista fija en el futuro  
y el corazón lleno de amor para todos los humanos:  
¡Hagamos una bandera de todas las banderas!  
¡Hagamos un himno gigante de los cantos de destrucción!  
¡Tomemos posesión de la tierra en nombre del género humano!  
Y gritemos de cara al cielo:  
¡Unión! ¡Unión! ¡Unión!*

Roque Laurenza

(Panameño)

A la llegada de Mérida a México, en 1920 (un año antes que Diego Rivera volviese de Europa), aún no existía ningún ambiente pictórico. Casos verdaderamente esporádicos, trabajos inconexos, totalmente desorientados, era todo. Transcribo esta prosa, con la cual presentara Manuel Horta a Carlos Mérida en su primera exposición de México: «La exposición del artista guatemalteco Carlos Mérida significa en nuestro incipiente medio pictórico una ruta novísima, un sendero abierto a la inteligencia de los muchachos que principian. Su concepción particular de los tipos indígenas, los motivos de decoración tan sabiamente logrados, su afán continuo por descubrir el rasgo psicológico, la actitud extática, el sello real dentro de su manera personalísima, hacen de Mérida, no sólo un maestro, sino un apóstol del credo estético actual. Para los que ignoran que el arte está en perpetuo movimiento, como las células del cuerpo, la obra de Mérida es una fuente inagotable de aliento y vigor juveniles». Agosto de 1920.

Siente este discípulo de la escuela de la incertidumbre, poseedor perfecto de su arte, la necesidad de hacer algo que le satisfaga más plenamente, ahora que sus ojos saben ver, que su mano dibuja con perfección y que, como sólo tres o cuatro pintores más de América, es dueño de un color de delicadeza sorprendente. Regresará a América, maravillado por horizontes nuevos, con urgencia de abrazarlos. ¿Qué mejor augurio que su preocupación constante, su vigilancia perenne, que ese deseo de superarse cotidiano?

Grandes transformaciones espirituales se operarán en él ya sin peligro, porque tiene sólida base que obliga a nuestra confianza. Nada es más terrible que la monotonía, que la academización en sí mismo (¡la peor de las academias!), signo seguro de pobreza, de miseria. Un artista ha muerto cuando no tiene ya inquietud. Y sin inquietud, ¿para qué pintar, para qué escribir?

Mérida me decía: «El color es lo que me ha costado menos en mi pintura». Estaba ya en él esa sensibilidad indígena para el color, de un color tan singular, con una obediencia tan exótica a la forma que comenta, sensibilidad maya. Color medido de los indios, de lirismo sereno o violento, siempre armonioso, siempre en admirables dosis, colores tónicos como alcaloides, ponderados colores como si nuestras musas aborígenes hubiesen estado en los coros de las musas griegas. Sin despilfarramientos, con discreción admirable y fácil de constatar en las telas, tiestos y tantos otros objetos de nuestros indios. Hay huacales o jicars en los que las figuras llenan de manera perfecta toda una bóveda, decoraciones verdaderamente clásicas. Soportarían agrandarse todo lo que se deseara: se podría decorar el cielo.

En Mérida están todas esas cualidades, y remozando su cultura cada día, si es cierto que, tal vez, quite algo de espontaneidad, en cambio, asegura poseer verdadera conciencia de lo que hace, obtener significaciones universales y darle más firmeza a nuestra plástica.

## Carlos Mérida

y 2.—Véase la entrega anterior.



El poeta guatemalteco LUIS CARDOZA Y ARAGÓN, autor del interesante estudio sobre Carlos Mérida que en esta entrega, y en la pasada, hemos reproducido.

De este Cardoza y Aragón, también hemos de sacar en el tomo en curso, unas páginas finas y deliciosas: *Fez, ciudad santa de los árabes*. (Notas de un viaje al Norte de África).

El color, en Mérida, no es sólo el color violento, tropical, de otros pintores americanos, color muy *chroma*, aún en la admirable brasilera Tarsila. Es en la suavidad de tonos, medios tonos, en los matices más difíciles—ocres, negros, grises, etc.—que me entusiasma principalmente. Delicadeza congénita por el color, verdadera aristocracia en tonos que le son muy personales. Y el color basta para justificar una pintura, para asegurar la vida de una obra. Estamos en el trópico. Color justo, con calidad de epíteto, color clavado como un adjetivo rotundo, definitivamente sin sinónimos. Tal vez el color, en la obra de Mérida, sea la cualidad sobresaliente, a pesar de la maravillosa construcción de todas sus obras, tan formadas, con tanta arquitectura, que nos dan no sé qué extraña sensación de molestia.

Es imposible, para la mejor inteligencia de la obra que comento y de mi escrito, no mencionar fragmentos del apretado estudio de Carleton Beals: «La obra de Carlos Mérida, brillante y joven artista, está construida con geométrica precisión y con intensa armonía. Es el menos romántico, el más sereno de todos ellos (los pintores de México) y, sin embargo, no menos apasionado que Clemente Orozco.

»Hay en su pintura, a medida que se observa más detenidamente, una íntima calidad emocional que resulta de la sutil combinación de una super-simplicidad de materia unida a una deslumbradora y decorativa belleza.

«Generalmente, en la composición de

sus pinturas, Mérida desecha lo innecesario no esencial; cada cosa está simplificada a lo mínimo, y entonces, en violentos contrastes, equilibra las masas de su composición, de acuerdo con un ordenamiento ya previsto. La composición generalmente está basada en la pirámide. Esto es histórico, sin embargo, original: recuerda las más fluidas composiciones de los modernos: Picasso, con su espiral y sus péndulos, por ejemplo.

»El color de la pintura de Mérida tiene un efecto plano; no hay en ella aglomeración de tonalidades, a manera de juegos de luces eléctricas, ni sombras fluidas ni pesadas; sin embargo, su color tiene esa misma simplicidad; la calidad dinámica de su técnica y de su color proviene de la yuxtaposición de contrastes raramente suavizados al capricho.

»Para encontrar un paralelo a algunos de sus motivos decorativos, tendríamos que buscarlos en Egipto, donde las notas decorativas pretenden síntesis, a base de masas, o mejor, en alguno de los viejos códices indígenas americanos, con todos sus convencionalismos de color y dibujo.

»Sus mujeres, que están muy lejos del tipo nórdico, tienen un equilibrio convencional que aparentemente las desexualiza en una inaccesible y estatuaría perfección, no obstante que, por el contrario, llevan en sí esa nerviosa expectación y esa conciencia de la insaciable sexualidad de las mujeres del trópico.

»Y es, precisamente, en esos concentrados motivos decorativos en los cuales los contrastes de color alcanzan en su pintura un clímax de síntesis pura y una visión única. Una incierta contradicción de lo supersofístico a una absoluta bárbara ingenuidad».

Mérida ha sabido imprimir sobre sus obras las fuerzas cardinales de la raza. No encuentro mejor comentario, ni mejor elogio. Creo que ha realizado ya su anhelo—a pesar de su juventud y de su incertidumbre, que ha oído el delicado consejo de Saint Beuve y Walter Pater—de ser un pintor netamente americano. Cada día su paso será más firme y tendrá mayor resonancia. En él todo se mueve con naturalidad: urgencia de síntesis, geometría de su pintura, que viene del genio decorativo de la raza, tal vez más que de las disciplinas europeas, hasta el color de su sensibilidad exasperada.

Crespo de la Serna insiste sobre la originalidad de Mérida, que debe a su sangre, a la docta amplitud que ha sabido dar a su instinto atávico: «En su obra hay una unidad étnica. Ha sido fiel a su tradición y a su raza, con la poderosa y ciega intuición de los verdaderos artistas. Es el hermano de esos seres primitivos y sencillos, y con su estética policroma, bárbara, forja admirables sinfonías de forma y de color en que palpita su propio yo». «Mérida es, ante todo, un colorista». «Tiene la visión innata del color; siempre la ha tenido. Catalogarlo con exactitud es difícil. Mérida ha tenido la fuerza suficiente y el talento necesario para irse encontrando firmemente a sí mismo. Además de su

autonomía en este terreno, ha pintado sin prejuicios de literatura y ninguno de sus cuadros tiene carácter anecdótico. Para llegar a esto de un modo tan definitivo merece figurar entre los artistas mayores».

A pesar del sabor tan exótico de la obra de Mérida, en Nueva York o en Europa, su calidad ha sorprendido a la crítica, situándole más o menos convenientemente, sin traer a cuenta, quién sabe por qué milagro, la pintura de Gauguin. En general, son poco divergentes las opiniones sobre esta obra, cuyas directrices principales he intentado bosquejar, socorrido por citaciones de hombres especializados. De Annita Brenner: «Carlos Mérida, libre de toda forma o teoría, realiza una obra que es pintura pura. Sin imitar a nadie y usando su propia vida, dentro de su tiempo y de sus materiales, Mérida traslada los mismos valores de los monumentos que pertenecen a las viejas centurias a cuya sombra nació. Como los creadores de estos monumentos, él no necesita de intérpretes o diccionarios; para comprender su trabajo es preciso no conocer nada de arte, o saber mucho de él.

»Pero lo más interesante es que Mérida no modela con color ni usando líneas, sino valiéndose únicamente de la geometría del color, lo cual equivale a pintar en el grado más puro.

»Por un transparente cálculo espectroscópico, Mérida logra con dos dimensiones, la expresión de tres sobre un plano.

»Mérida ha hecho del color una religión. Su vida culmina en la pintura, y su pintura culmina en el color. La línea y la composición se hallan supeditadas y controladas de ese modo.

»Así pinta Mérida a los indios: no especula plásticamente con ellos porque él lleva sangre india. Hay poco «interés humano» en su obra. Se asemeja más a esa definición que, en las esculturas paganas, nos hace imposible distinguir bien entre el retrato de un hombre y la representación de un dios».

La decoración de Mérida en la Biblioteca infantil de la Secretaría de Educación Pública de México, está resuelta con los lineamientos de la gran decoración; hubo, naturalmente, necesidad de tener en cuenta la función misma a desempeñar de tal decoración; una pintura que, siendo buena pintura, pudiera llegar fácilmente a la mente de los niños. Así, el motivo, de unidad cabal, está supeditado a las formas seguidas en el desarrollo de la misma pintura, logrando cierto carácter infantil y sintético, que puede provocar goce estético a los niños que la frecuentan. El resultado de esta ideología ha sido satisfactorio.

Existe otra decoración del joven maestro guatemalteco, en la sala de reposo de la Biblioteca grande, en la propia Secretaría, en la cual ciertos problemas de decoración están resueltos inteligentemente: una línea espiral es la matriz de toda la pintura eslabonada con la razón «sección áurea» que da a la decoración estabilidad matemática y perfecto conjunto armónico. Elementos muy americanos forman la base plástica de este trabajo.

## Gris

*Cual camina  
lentamente  
por la selva  
oscura y fría  
agua en plata  
que se aleja  
y que se queja,  
van pasando  
suavemente  
los días grises  
por el gris del alma mía...*

*Son cual agua  
en fuentes puras  
que no brinda  
su frescura  
a la flor de la esperanza.*

*Y sentimos  
en el gris  
de la mañana,  
cual de selva  
fuente umbria  
que nos pasa  
por el alma  
y que deja  
un cierto dejo  
melancólico y sombrío.*

*Días tristes  
que parecen  
revividos  
de la historia.  
Son leyenda  
que se turba  
en la memoria.  
Son cual sueños  
ya olvidados,  
cual artistas  
marchitados  
en espera de la gloria.*

*Ni una flor  
que desentone  
con el tono  
del día gris.*

*Sólo flores  
marchitadas  
nacen hoy  
en mi jardín,  
y el rocío  
prende llanto,  
llanto amargo  
en la flor  
melancolía  
que ha brotado en mi jardín...*

Max Jiménez

San José, Costa Rica.

Es necesario ser héroe—insisto—para llevar, en las condiciones de Mérida, con tanta pulcritud, el arte, con ese respeto y amor que sólo el arte merece y que sólo los elegidos tienen, y, sobre todo, en un ambiente como el de Guatemala, en donde su obra, forzosamente, encuentra indiferencia casi hostil. Hasta ahora empieza, muy lentamente, a formarse público en algunos grandes centros americanos y aparecer la crítica. La crítica orienta al público y jamás a los artistas.

Los artistas orientan a los críticos. En todo caso, la pintura americana (movimiento de México, entiéndase) está por encima de nuestras otras artes.

La obra de Mérida es eminentemente decorativa. En general, la poca pintura americana que existe, es esencialmente decorativa. Es ya necesaria la cisión, indispensable el predominio de valores puramente plásticos. Decoración o pintura propiamente: límites sutiles.

Hay en la obra de Mérida perfectas realizaciones de color, de forma, de composición, que anuncian grandes posibili-

dades cuando resuelva la mezcla de los verdaderos valores pictóricos con todo aquello que tenga intención decorativa.

No creo yo, a pesar de todo, que la pintura esté subordinada a la Arquitectura y que su campo natural y mayor en lo futuro sea la pintura aplicada, la decoración. En todo caso no es razón para dar tal preponderancia a la decoración sobre la pintura de caballete, defecto—entiendo—casi general y grave de que sufre la pintura americana actual. Tampoco el cinematógrafo matará a la pintura de caballete, y en cuanto a la generalización anunciada de la pintura mural, es aún algo muy vago. El cinematógrafo no es «de la peinture animée», como anunciaba Epstein o Moussinac, ni la pintura es cinematógrafo extático. Faure entiende que el cine es un arte absolutamente nuevo: necesita autonomía absoluta. Me parece mejor esta manera de pensar, y las definiciones citadas las creo lamentables: prurito de definir, de generalizar. Únicamente el Tintoretto podría poner aquí una interrogación de profeta: recuerdo a ese propósito la estupenda sensación de vértigo de las salas del Palacio Ducal. Capítulos finales del *Arbre d'Enden*.

La poca pintura americana actual es decorativa. Las otras varias centenas de pintores no han pasado ni los primeros escalones realizados por los seis u ocho pintores que recuerdo al escribir estos breves comentarios. Es claro que en los frescos de Diego Rivera, la decoración ocupa parte importante (no podía ser de otra manera), como en todos los frescos, sin que moleste el valor esencialmente pictórico. Los frescos de Simone Martini, Spinello, Signorelli, del Angélico o de Giotto, son, a menudo, pinturas de caballete—dijera, para tratar de explicarme mejor—hechas en el muro. Tercera dimensión, dada con colores planos a veces, figuras en varios planos, interiores, etc. ¿No fué, desde Pompeya, el salto de la decoración a la pintura propiamente?

¿Cuándo aparecerá el verdadero intérprete pictórico del trópico?

A mi modo de ver, aun en nuestra mejor pintura, hay cierto desequilibrio, no está arreglada como una balanza, en admirable justicia de pesos, la parte decorativa y la parte plástica. Entiendo que en Europa hay una muy fuerte reacción contra toda tendencia decorativa. Depuración absoluta. Médula.

El cubismo—cuyas mayores perspectivas están, tal vez, en la decoración, realiza ese equilibrio: decoración y calidad pictórica.

Imagino que en América vendrá una reacción (semejante a la actual de la Escuela de París) contra la decoración. Es (no puedo ver otra) su etapa próxima. Creo que Carlos Mérida sentirá su necesidad en este su segundo viaje a Europa y la hará sentir también en América.

La pintura de Mérida—toda la pintura americana—adquirirá nueva y mayor importancia cuanto más tienda a separarse de la tendencia decorativa actual. Con el color admirable que posee, su sentido

(Pasa a la página 26).

## LAS POETISAS DE AMÉRICA

## María Eugenia Vaz Ferreira



A un cuando María Eugenia Vaz Ferreira fue arrebatada hacia la noche profunda que ella invocara en sus más bellos versos, antes de que la colección de sus poemas, inéditos o dispersos, que preparaba, fuera dada a la publicidad, tuvo tiempo de dejar confiada a las manos fieles de su hermano la selección que ella misma ordenara, y debe ser tenida como la expresión genuina de su lirismo, con exclusión de cualquiera otra estrofa no inserta en tal volumen.

Librada así su obra de la promiscuidad de las ediciones profanas, hechas con fines comerciales, *La Isla de los Cánticos* nos presenta la personalidad de la poetisa en el tallado justo, anticipándose a esa obra depuradora del tiempo, que separando el grano de la paja, sólo deja de la producción de un escritor aquello que es esencial y lo caracteriza.

De las composiciones más literarias y verbalistas de su primera época, la poetisa eligió para rodear el núcleo esencial de su lirismo, posteriormente revelado, aquéllas cuyo brillo heroico y metálica sonoridad de escudos, componen en torno a su dolor humano como una sinfonia de sobrehumanos énfasis...

Semejante a una Walkiria de soberbia dureza, la poetisa se presenta en *Heroica*, en *Oda a la Belleza*, en *Savia Armonía*, revestida de yelmo y escudo, ceñido por diamantino cinturón al vientre casto, altiva la frente soñadora, cabalgando, en el bravo corcel de sus rimas, hacia un Walhalla estético. Como la orgullosa hija de Wotan, condenada a sufrir la condición humana, pide al dios que la rodee de un círculo de llamas, para que sólo un héroe magnífico se atreva a despertarla, en su lecho de piedra.

En *Heroica* dice:

Yo quiero un vencedor de toda cosa,  
invulnerable, universal, sapiente,  
inaccesible y único.  
En cuya grácil mano se quebrante el acero,  
el oro se diluya,  
y el bronce en que se funden las corazas,  
el sólido granito de los muros,  
los troncos y los mármoles,  
como la arcilla modelables sean.

Yo quiero un vencedor de toda cosa,  
domador de serpientes,  
encendedor de astros,  
trasponedor de abismos.

Así canta, con voz grave de contralto, la orgullosa virgen, bajo el alado yelmo de plata, en versos de una sonoridad guerrera.

Su soberbia castidad que desdeña el humano sensualismo, sólo rinde culto a la Belleza inmortal, diosa severa como Minerva:

Oh, belleza, que tú seas bendita,  
ya que eres absolutamente pura,  
ya que eres inviolada,  
límpida, firme, sana e impoluta.

Eres inaccesible,  
eres pasiva y sola,  
sencilla y sobrehumana,  
no inspiras ni padeces  
el dominio sensual de la materia  
ni la sensible turbación del alma.

Pero esta Brunilda cristiana no encontró su libertador; y su sueño sobre la piedra se trocó en irredimible dolor de soledad. Prisionera en el círculo de llamas de su orgullo, su alma despertó un día aterida de frío; y desde entonces fué condenada a vagar sobre la tierra de los hombres, como una sombra extraña... Fue una incomprendida, y una desterrada; no conoció el amor humano; no tuvo más confidente de su pena que la noche estrellada, ni más esperanza de liberación que la muerte.

Pocas veces la poesía lírica ha llegado a tener acentos tan profundamente trágicos, como los que nos estremecen en los poemas donde María Eugenia invoca a la muerte, vencida sobre el regazo de su única gran amiga, la Noche. Clama en *El Regreso*:

He de volver a ti, propicia tierra,  
como una vez surgi de tus entrañas,  
con un sacro dolor de carne viva  
y la pasividad de las estatuas.  
He de volver a ti, gloriosamente,  
triste de orgullos arduos e infecundos  
con la ofrenda vital immaculada.

Tú me brotaste fantásticamente  
con la quietud de la serena sombra  
y el trágico fulgor de las borrascas.  
Tú me brotaste caprichosamente,  
alguna vez en que se confundieron  
tus potencias en una sola ráfaga.

Y no tengo camino...  
mis pasos van por la salvaje selva  
en un perpetuo afán contradictorio.

Ah, si pudiera desatar un día,  
la unidad integral que me aprisiona,  
tirar los ojos con los astros quietos  
de un lago azul en la nocturna onda...;  
tirar la boca muda entre los cálices,

cuyo ferviente aroma sin destino  
disipa el viento en sus alas flotantes...;  
darle el último adiós  
al insondable enigma del deseo;  
cerrar el pensamiento atormentado  
y dejarlo dormir un largo sueño  
sin clave y sin fulgor de redenciones...

Así canta la poetisa su extraño dolor sobre la roca solitaria de su orgullo. María Eugenia es la gran desterrada del amor; su cuerpo está condenado a la fría castidad, y su alma a la tristeza. Vagabunda en su propia soledad, ella mira a su alrededor la simple dicha carnal de los otros seres y envidia la alegría de la mujer que palpita en brazos del amante. En el poema *Los Desterrados*, uno de los más extraños y entrañables gritos de angustia, la poetisa anda, en una fría tarde otoñal, por una apartada calle, al azar de sus paseos solitarios; por un ventanal ve, curvado el torso vigoroso sobre la fragua, a un joven herrero, que canta al ritmo recio de los martillos. Y de su pecho se escapa esta queja:

Dios de las misericordias  
que los destinos amparas  
¿por qué no te plugo hacerme  
libre de secretas ansias,  
como a la feliz doncella  
que esta noche y otras tantas  
en el hueco de esos brazos  
hallará la suma gracia?

La suma gracia del amor humano, no será para ella, la criatura singular, erguida sobre la cálida agitación de la vida, como las estatuas sobre la multitud. Y de esa soledad suya sobre la tierra, nace el amor de la gran desterrada por la Noche, hermana del sueño y de la muerte, bajo cuya fulguración de fuegos remotos se alzan sus manos que nunca tocarán la carne de la vida.

Sólo tú, noche profunda,  
me fuiste siempre propicia,  
noche misteriosa y suave,  
noche muda y sin pupila,  
que en la quietud de tu sombra  
guardas la inmortal caricia...

Si Juana de Ibarbourou es la alegría vital de la naturaleza, el amor coronado de rosas y racimos; si Delmira Agustini es el tormento del supremo amor nunca alcanzado, cuyos ardientes ojos sonámbulos aman más la profundidad del sueño que la realidad de los días; si Gabriela Mistral es el alma que ha triunfado de la tragedia del amor, purificándose en una transfiguración mística, María Eugenia Vaz Ferreira es la desolación del amor aherrojado en una torre de orgullo, la tristeza de la carne convertida en cenizas mortuorias sin haber sidollama.

Juana tiene horror a la muerte, y se prende, como una abeja glotona, a la flor henchida de la vida terrena; Delmira pide a la vida la realidad quimérica de su sueño, el más intenso sorbo que guarda en su copa vedada; Gabriela, espíritu libertado de todo egoísmo, mano ungida de bálsamos evangélicos, quiere de la vida, fuerzas para hacer el bien; María Eugenia, sólo quiere la Muerte, la eterna noche sin mañana, el sueño sin sueños...

(Pasa a la página 27)

ANTES que hacer una obra bella, hacer una vida bella, una vida pura: en estas palabras se resumen los anhelos, las normas de la nueva generación de Venezuela. Así lo dice Gonzalo Carnevali, orgulloso de sus compañeros, profundamente convencido de las fuerzas morales que animan y sostienen a las juventudes de su patria.

«En la nueva literatura no se advierte, de manera definida, ni la influencia francesa, ni la española. Ninguno de los grandes escritores de esos pueblos ha logrado seducir y guiar a los escritores que ahora surgen en toda Venezuela. Son los rusos, exclusivamente los rusos, quienes ejercen el magisterio espiritual: una identidad de angustias, una vida sujeta a azares semejantes, una misma ilusión, hacen que estas dos literaturas se toquen y se den la mano salvando todas las distancias.

»No puede juzgarse de este movimiento a través de lo que se publica en los periódicos y revistas de Caracas. Estas publicaciones no dan sino una idea falsa, fragmentaria y empobrecida de lo que se agita y crece en el fondo. Al público no se le puede ofrecer sino lo que resiste el ácido de la censura: lo que carece de toda sinceridad y puede acomodarse sin trabajos a los caprichos de la dictadura. Pero yo he leído más de cuatro novelas formidables, varios libros de cuentos y de poemas, que serán una revelación inesperada cuando llegue la hora de la liberación y sea posible editarlos en Venezuela. Tengo la seguridad, y lo afirmo enfáticamente, de que la generación nueva de mi patria es una de las generaciones mejores del continente.

»Entre esta nueva generación, y las generaciones anteriores, existe una desvinculación completa. Nada nos une, nada nos ata. Los representantes de las otras generaciones, casi todos se vendieron. Babean un servilismo repugnante. Se han enriquecido a fuerza de cinismos y claudicaciones. Ideales, vida y obra se inspiran en una concepción opuesta de la misión del escritor. Entre la muchedumbre de escritores de otros tiempos, nosotros no reconocemos sino a tres maestros: A José Rafael Pocaterra, a Rufino Blanco Fombona y a Luis Urbaneja Achelpol.»

Las palabras anteriores muestran el carácter de Gonzalo Carnevali. Es un muchacho valeroso, de inteligencia clarísima, uno de los que saben cuál es su deber como unidad saliente en las vanguardias de la nueva América.

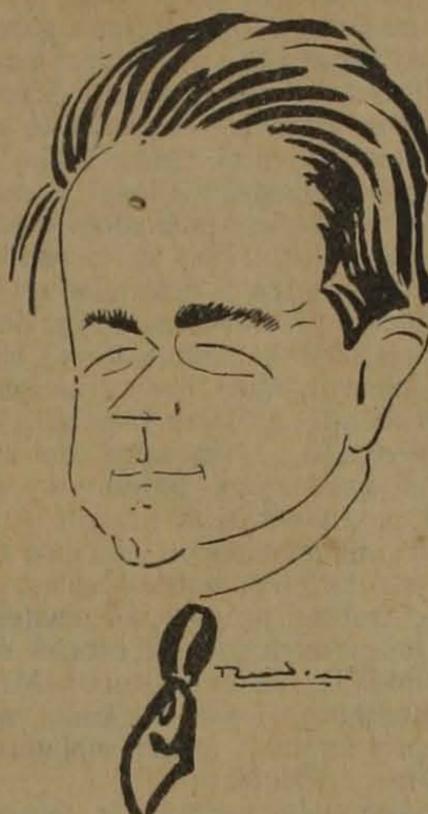
Rebeldía, inteligencia y pulcritud son virtudes heredadas en él. De la muerte de su padre nos ha hablado recordando escenas conmovedoras.

«Cuando él murió, Manuel Díaz Rodríguez se me acercó llorando y con una indignación apenas contenida, me dijo: «Hasta cuándo cometerán crímenes estos bandidos».

»Había muerto en la cárcel, de donde saliera yo un mes antes. Mi hermano mayor, Atrilano, presenció su agonía. Una agonía lenta, desesperada, sin recursos.

## Una hora con Gonzalo Carnevali

El ideal de la nueva generación venezolana.—El magisterio espiritual de los escritores rusos.—Gil Fortoul y Juan Vicente Gómez.—Teresa de la Parra y la dictadura.—Los recuerdos de la prisión. El primer libro de poemas.—El itinerario colombiano.



Se nos avisó por teléfono del hospital, anunciándonos que estaba muy grave: nosotros comprendimos toda la verdad, y cuando llegamos al lecho, el director del Hospital, un canalla, el doctor López Villoria, se adelantó y me dijo: «Acaba de morir aquí, en mis brazos, de un ataque cardíaco». «Ese hombre miente, Carnevali, me dijo un compañero: tu padre murió en la cárcel». «Amigo, me replicó el director: cuando la fatalidad llega, lo mismo da morir en una parte que en otra». «Usted se equivoca, le contesté: donde él murió no podrán morir ni usted ni sus hijos».

»De mi padre había dicho Blanco Fombona que era el escritor vivo más grande de Venezuela. Y de él no se conocieron sino varios discursos y una novela corta. Cuando se cavó la fosa y se colocó en ella el ataúd, cuatro jefes civiles la rodeaban como temerosos de que todavía se les pudiera escapar!

»Se ha dicho que todos los intelectuales de Venezuela son áulicos de la dictadura: eso no es cierto por lo que respecta a las nuevas generaciones, y a muchas unidades valiosas de las otras. Las nuevas generaciones forman hoy un bloque compacto, unido fuertemente por su ideal y por la pureza de su vida en trance de heroísmo. No cito nombres, por razones obvias.

»Díaz Rodríguez, cuyas declaraciones de una época le colocaron entre los amigos de Gómez, como presintiendo su muerte y queriendo limpiar su vida con una rectificación, pronunció en ciudad Bolívar, poco antes de abandonar el país para siempre, uno de los discursos más valientes que se hayan dicho contra la dictadura, quejándose de los males que pesaban sobre Venezuela.

»Gil Fortoul, en cambio, sigue siendo

adicto al gobierno del general Gómez y gozando de las ventajas económicas que esta adhesión supone. Aquí se creyó durante algunos días que esa adhesión estaba rota, y sólo

así puede explicarse que el señor de la Rosa, en el reportaje que recientemente concedió a una revista bogotana, omitiera su nombre, a pesar de ser considerado como el primer historiador de Venezuela. Pero lo cierto es que la buena inteligencia entre Gil Fortoul y Juan Vicente Gómez permanece inalterable, de tal suerte que bien puede el señor de la Rosa, sin miedo a perder el cargo que ejerce, rectificar esa entrevista para incluir en ella a Gil Fortoul.»

»Conoci a Teresa de la Parra en Caracas. Ella empezó a publicar algunos capítulos de *Ifigenia* con el título de *Diario de una señorita que se fastidia*, en la novela semanal de Pocaterra. Cuando Pocaterra salió de la cárcel inició esa pequeña biblioteca, que alcanzó apenas unos pocos números.

»Teresa de la Parra, publicada ya *Ifigenia*, de paso por la Habana, y de vuelta a Caracas, hizo las declaraciones a favor de la dictadura que consideró de rigor, siguiendo la trayectoria que se ha asignado a los intelectuales. Estas declaraciones cayeron como un jarro de agua helada sobre las juventudes de Venezuela. Llegaban en el preciso instante en que acababan de ingresar a las cárceles del dictador trescientos muchachos. La entrada de Teresa de la Parra hubiera sido espléndida, triunfal, a su tierra, de no haber mediado estas circunstancias. Un gran vacío abrieron los círculos de hielo en torno a su graciosa figura.

»De regreso a Europa, al pasar por Barranquilla no quiso hacer ninguna declaración política y rogó que no se reprodujeran sus declaraciones de la Habana. Yo le pedí, en carta que le escribí a París, que esa rectificación hecha en forma privada, la hiciera pública, como un acto de sinceridad y de reconciliación con su pueblo. Yo espero que así lo hará. Y si no, peor para ella.»

«La obra mía... La obra mía es muy poca. Entre los diez y seis y los diez y nueve años escribí un libro: *El alba de Oro*, del cual estoy sinceramente arrepentido. En proyecto, muchas cosas. Pero, antes que otras, una obra de acción: contribuir en la medida de mis fuerzas a la liberación de Venezuela.

»La dictadura me hizo su prisionero en 1923, y permanecí en la cárcel durante cuatro años. No se nos dejaba tener ni un lápiz ni un papel: sin embargo, nosotros nos ingeniábamos para burlar esta prohibición, y cabo de lápiz o pedazo de papel que era posible conseguir me lo entregaban, a fuer de poeta y de escritor. Así pude escribir un librito, que fue sorprendido más tarde en una requisita, y quemado, con lo cual no creo yo que la literatura haya perdido absoluta-

mente nada, pero que me duele, como es natural, porque malo o bueno, al fin y al cabo era hijo mío. Quizás no vuelva a escribir un libro más íntegramente mío que ése.

»Ahora... quién lo sabe! Recorreré algunas ciudades de Colombia dictando conferencias. Iré a Medellín, a Cali, a Bucaramanga, a Cúcuta. Yo quiero hablarle a los colombianos y a los hijos de Venezuela que viven aquí. Quiero llevar a ellos el mensaje de mi generación, que es optimista y exaltado y fervoroso».

Cuando nos separamos de Carnevali, rodaban detrás de nosotros, nos envolvían como un canto de pureza, las palabras que abrieron nuestro diálogo: «Antes que hacer una obra bella, hacer una vida bella, es el anhelo de las nuevas generaciones de Venezuela».

**Germán Arciniegas**

(Lecturas Dominicales, Bogotá)

## Carlos Mérida...

(Viene de la página 23).

tan fino del dibujo, a su vuelta pintará otras cosas—seguramente—que harán más basta la parábola de su carrera artística.

(Una misma obra motiva en cada persona resonancias diferentes. Mi criterio tal vez sea demasiado europeo, tal vez ya no sé ver, después de varios años de ausencia, lo ya realizado o lo que busca la pintura americana actual. La emoción artística es comunicación de simpatías, de sonidos propios íntimamente ligados con nuestras facultades, con nuestra propia acústica.)

Despojar de toda intención decorativa a la pintura americana. Es la etapa que me atrevo a prever. Aún depurar el color, el color que es lo más logrado en varios pintores nuestros. Desde luego, en Europa, el color neto, el color plano de Mérida les aparecerá decorativo—sin duda—porque aquí las tendencias no sólo son otras, sino opuestas.

La pintura europea está bajo la presión formidable de Picasso, Vinci del Nuevo Renacimiento. Nunca la pintura americana ha estado más desaclimatada como al ser trasplantada hoy a Europa. Nos sobra sensualidad. Hay que intelectualizar la pintura americana, sin olvidar que nuestra naturaleza desentona en Europa y que esa es su mejor razón de ser.

Reacción contra los elementos decorativos. No significa esto quererla poner más bajo la tutela occidental. Y digo más porque, en su conjunto, es indudable que la pintura americana es tributaria de la europea. Su principal problema es la construcción.

Como diría Faure, hay un espíritu americano de la forma. Mucho difiere la pintura de Mérida de la pintura de Lazo, la pintura de Abraham Angel, de la pintura de Orozco, etc., pero hay en todos ellos una misma inquietud fundamental.

Lazo es—con Mérida—el que mejor merece las esperanzas de la joven pintura americana. Nuestra pintura popular

se resuelve en los retablos. Lazo ha tomado en ellos sus más valiosos hallazgos, asegurados por una cultura como a su edad no la tiene ningún otro pintor de México. A mi modo de comprender, tal orientación tiene que ser buena. En su obra actual, solicitada por varias tendencias, que actúan sobre su agilidad sensitiva, se pueden admirar magníficas calidades pictóricas. Esa misma inquietud, fácil de constatar, le arrastra, a veces, a cierto preciosismo. Los ángeles del Douanier—ángel el mismo, aseguraban Jarry y Apollinaire—cuidarán los pasos de Lazo. Hay en él—entiendo—la tendencia tenaz a señalar los límites sutiles de la decoración y de los elementos plásticos. Con Carlos Chavez, sobre quien se hace necesario señalar detenidamente su labor musical, Lazo hizo decorados y maquetas del ballet *Fuego sagrado*, que pronto se representará en Nueva York.

Pintura americana con... técnica europea, casi integralmente. Cuando hay grandes fuerzas propias no pueden temerse las influencias. Allí está el ejemplo de México: Rivera, Orozco, Mérida, Lazo, Rodríguez Lozano... Todos nuestros representativos están mojados en la cultura occidental.

Se comprende también la tendencia decorativa, porque en México, vanguardia del arte americano, los principales pintores trabajan decorando edificios públicos. Ejemplo del Renacimiento: pintura tendenciosa. Hoy no nos interesa ya su ideología, nos conmueve su maravillosa calidad pictórica, en una ausencia casi completa de recuerdos. Así será con las buenas obras de los muros de México. La ideología pasa a segundo lugar con el tiempo. No interesan los sujetos: ellos sirvieron de fermento para las realizaciones puramente plásticas, esencia de la pintura, elemento universal y eterno.

No nos importa que la Oda sea a Dios o al Diablo. Nos importa el elemento poético. Una buena Oda al Dia-

blo la recitarían los ángeles de Swedemborg sin el enojo de Dios.

Americanos amigos míos me han dicho: «No nos interesa la pintura actual de Europa».

Europeos amigos míos me han dicho: «No nos interesa la pintura actual de América».

En justicia, nosotros conocemos la pintura europea y ellos conocen mal o ignoran nuestros esfuerzos. Estimo que ni americanos ni europeos tienen razón al pensar así. Aquí está la palabra de André Salmon, que aclara mis esquemas y sitúa—como él lo sabe hacer—las características del arte de Mérida y de toda la pintura americana en oposición a las corrientes europeas:

«Los mejores pintores de América vuelven con facilidad maravillosa, a ese arte desnudo, diría, al cual parecen estar destinados, arte que Gauguin, primer europeo que lo soñara, no pudo obtener sino después de esfuerzos de una intelectualidad singular.

»Es el arte que en México, por inesperada fortuna política, viene a libertar los destinos de la gran decoración, dándole todos los beneficios de una actitud oficial.

»Es el arte que en Guatemala, y, pienso yo, más allá de los límites de la República, impone Carlos Mérida con autoridad vivificante, alegrándonos que haya tenido el placer, la preocupación, de revelarlo a París, para que París lo juzgue.

»Comprendámonos bien. A ese arte no conviene ninguna de las medidas propias a lo que nosotros llamamos: Arte Decorativo, sin atemorizarnos por un conjunto tan basto».

«Si Carlos Mérida tiene la seguridad de traernos riquezas de color jamás contemplado, el elemento de sorpresa no se podría poner en paralelo con el elemento con que vinieron a sorprendernos los ballet-rusos. La Europa civilizada es, en parte, justa heredera del Asia antigua. Además, los artistas de Moscú, instruidos por coleccionistas más ágiles que los nuestros, no ignoraban, ni Henri-Matisse ni a Odilon Redón. Los abismos que separaban América de Europa eran más extraños y profundos.

»Ninguno mejor que Carlos Mérida—favorecido felizmente—está predestinado para esa labor de unión sin entregas, sin capitulaciones; ninguno ha hecho más sensibles las virtudes de un arte opulento que, producido por un deseo de perfección estética, solicita sus principios a los elementos mismos del antiguo arte indígena y manifiesta esta opulencia que yo sitúo más allá o más acá de la bárbara devoción a la opulencia; por lo contrario, reduciendo toda extrema suntuosidad de acento, de tono, a su parte mesurada en armonioso concurso, en donde el oro—diría—ya no es, como en las obras que emocionaron a los hombres de las Carabelas, una única *cualidad* dependiente de todo—o bien de un *valor* exagerado y enemigo de acuerdos supremos—ordenada por Mérida.

»¿Soy visionario? ¡Cuánto mejor! ¿Han vibrado mis oídos o lo he escuchado?

»Carlos Mérida vino a nosotros con

## El que pasa

*Yo soy el que pasa y no ha de volver;  
el que lleva oculta en el alma  
la llama encendida de un vivo querer.*

*Soy el que al alba, al surgir el sol,  
canta de alegría un dulce cantar,  
y el que por la noche, cuando todo es sombra,  
tiene el alma muerta y torvo el mirar.*

*Soy el caminante que por los caminos  
vivió su emoción  
y oyó de las brisas la frase cordial  
y de la arboleda  
la bella canción;  
soy el hombre triste  
que para vosotras,  
niñas cariñosas,  
tiene un corazón  
que a veces florece  
como esos tapiales  
donde las orquídeas  
ponen en las piedras,  
tristes y olvidadas  
flores de ilusión.*

*Yo soy el que pasa y no ha de volver...  
ave migratoria que en su vuelo audaz  
dice como el cuervo de Edgar Allan Poe: Jamás!*

**J. J. Salas Pérez**

Liberia, Marzo de 1928.

una grande y segura alegría, con la obra cálida de su juventud; ¿puede él, después de varias semanas, varios meses, dudar más o menos y pensar que ofrece hoy sólo un brillante cargamento exótico?

»Sin embargo, él puede tener confianza. Además de la alta decoración, la arquitectural sobrepasa el corto espíritu decorativo. Nosotros la vemos brillar allá, donde se practica en América en jóvenes maestros que compartieron los peores tormentos estéticos de los nuestros. En fin, parece definitivo que la Escuela de París, por su voluntad de volver a los principios esenciales, habrá libertado a las naciones una a una, devolviéndolas a su arte propio, cuando se creyó, por tanto tiempo, a una unificación cosmopolita.

»Pero, ¿no es cierto, Carlos Mérida, que usted ha dominado esos principios esenciales, fundamentales, esas certitudes, sin las cuales no sería ese maestro nacional, cuyas creaciones voluntarias, ilimitadas en los frutos por los límites conocidos del terreno, serán sensibles a todo el universo cultivado, la mismo tiempo que nutrirán las pasiones inmediatas de su raza?

»Si París le atormenta en 1927, bendito sea ese tormento.

»Indudablemente, usted irá más allá de las obras que juzgamos hoy y que nos cautivan por múltiples razones.

»Usted nos sorprende, armoniosamente, con un Egipto nuevo. Los dibujos de los trajes resplandecientes, de los chales, de los ponchos, nos aparecen como otros jeroglíficos que descifrar para encontrar el secreto de los dioses dormidos entre las cimas y los lagos, entre esos horizontes que mide el cuello del llama misterioso y familiar.

»Joven apasionado, a su turno usted merece el nombre hermoso de Libertador si arranca un mundo, el Imperio del Sol, de la esclavitud pedagógica en que lo mantenían los etnógrafos.

»Eso sería mucho. Pero la línea, su decisión, sus posibilidades de rupturas fecundas, una ciencia profunda de la distribución de tonos, nos garantizan y nos demuestran que pronto, mañana, usted habrá satisfecho toda su ambición, alcanzando un arte nacional inteligible a todo el joven universo de la plástica.

»Basta la prueba benéfica: algún vestigio parisiense para poseer mejor, habiéndose ya bien reconocido.»

No he insistido, como merece, sobre la labor precursora de Mérida, sobre su significación de *pioneer*. Es labor de mártir la de los precursores, y a mí me interesan cuando, aparte del empuje que dan, son ellos los primeros en estar en el movimiento que desean emprender, y esto sucede si se tiene perfecto conocimiento de la intención. Hombres con obra importan más que el vago renombre de precursor. Eso mismo me ha hecho tratar con tanto entusiasmo la pintura de Mérida, sin subrayar su influencia. He intentado escribir someramente, lo que pude captar. Hay en su pintura no sé qué del dominio poético que me ha obligado a comentarla. Mi vida no me pertenece: la he dedicado a la poesía.

Tal vez por hermandad racial, en donde no supe ver porque no soy crítico, sino sólo amante, mi sangre me hizo encontrar secretas afinidades, y resonaron en mí con cordialidad ancestral. Y, en todo caso, es mejor amar que comprender. Quién sabe si amar no sea una más delicada comprensión, más alta, más aristocrática, porque el amor está lleno de razones platónicas.

Es todo lo que yo reclamo—¡ah!, ¡es tanto!—mi capacidad de amar y amor para aumentar mi capacidad de amar. La experiencia es personal, como la voluptuosidad. No me es necesario, como a rutinarios eruditos, encontrar en algún autor célebre la razón de mi voluptuosidad. Tampoco espero que alguien famoso ame tal o cual cosa para amarla yo. Mis amores son mis amores. Además, cuando alguien me dice las causas de un efecto, yo encuentro otras causas y efectos diferentes. Explicar, en general, es disminuir. El deber, la obligación, es sentir. Hay zonas en el alma que se emocionan con una tan grande alegría—una alegría casi triste—a pesar de que no pueden comprender. Admirables zonas interesadas sólo en los efectos.

Luis Cardoza y Aragón

París, Otoño de 1927.

Traslado del folleto: Luis Cardoza y Aragón: *Carlos Mérida*. Ediciones de *La Gaceta Literaria*, Madrid, 1927.

## María Eugenia Vaz Ferreira

(Viene de la página 24)

Sobre el jardín sensual de *Las lenguas de diamante*, isla citera de nuestra poesía, sólo pasa la sombra de una tristeza, como la fugitiva sombra de una nube: la inquietud de morir. En el ardiente suelo donde se abren *Los cálices vacíos*, país de montañas y de selvas oscuras, se sienten los fragores del huracán y las furias de las bacantes. En el camino áspero de *Desolación* brilla el haz de luces de lo alto, que cegó a Pablo el Apóstol, en el camino de Damasco. Pero en el desierto sin fin por donde María Eugenia camina sin rumbo ni esperanza, «en un perpetuo afán contradictorio», sólo existe la soledad... *La Isla de los Cánticos* es una isla desierta, sin más horizonte que la infinitud monótona del mar, y la eternidad muda del cielo.

De todas las almas femeninas que la poesía ha revelado en América, la de María Eugenia es, tal vez, la más trágica. Más que la de Delmira Agustini, y más que la de Gabriela Mistral. Porque si Delmira conoció el tormento de los sueños fulgurantes en la carne sombría, y su boca sufrió la sed inextinguible del Supremo Beso, su vida ardió, al menos, en su propia llama, y su alma perfumó al quemarse, como un pebetero... Y si Gabriela Mistral supo de los sufrimientos que anonadan, si fué abatida por el rayo del destino, si quedó desposeída y abandonada como Job sobre la tierra, vió también levantarse su alma purificada sobre el estrago, y, como Job, supo de los sublimes diálogos con su Dios...

Pero María Eugenia sólo conoció la soledad. Fué la gran desterrada de la vida, para la cual no calentaron nunca los fuegos de los hogares ni brilla-

¿Qué me importa que alguien haya dicho tal o cual cosa, cuando yo he sentido otra! Mi deseo de conocer obedece a razones poéticas. Mis apreciaciones son siempre con sentimiento, parciales como mi crítica: sólo quien no tiene sensibilidad no es influenciado, y yo no soy de piedra para poder ser indiferente, ¿Qué me importa a mí que la luz, el sonido, sean vibraciones? Prefiero admirar la pintura y escuchar la música que amo, aunque al día siguiente venga a leer otra teoría sobre su esencia física. La verdad poética sigue en pie. No tiene necesidad de pedestal para estarlo: le sobran con las alas de sus hombros.

Dejo aquí, bosquejado, el primer episodio de la aventura artística de Carlos Mérida: 1920-1927. ¡Embriaguémonos minuciosamente y que hasta nuestra sombra se eche a andar sonámbula!

Mis sueños, cosidos en tu tierra, América mía, raza de mis abuelos; mis sueños, cosidos en tu tierra, perfumados y humeantes como barbacoa, los coloco en la proa, en las manos de tu México, que protege mi Patria con su cuerpo; los dejo en sus manotas, morenas y robustas, eruditas en caricias, pinceles y fusiles.

ron los cirios místicos del consuelo.

Exteriormente era católica; pero su alma no conoció la fe que sostiene o que salva. No escribió un solo verso católico; mas aun, el pesimismo esencial de su poesía es la negación de toda religiosidad. Para su oscura desolación en la tierra, no le fue dada ni la esperanza de una dicha celeste. Su mente varonil, llegó a concebir la vida, como un eterno juego de olas sin objeto. Tal *Unico Poema*, maravilla de imagen:

Mar sin nombre y sin orillas  
soñé con un mar inmenso  
que era infinito y arcano  
como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas  
vieja madre de la vida,  
la muerte, y ellas cesaban  
a la vez que renacían.  
Cuando nacer y morir  
dentro la muerte inmortal...  
Jugando a cunas y tumbas  
estaba la soledad.

De pronto un pájaro errante  
cruzó la extensión marina:  
«Chojé!... Chojé!...» repitiendo  
su quejosa marcha iba.

Se perdió en la lejanía  
goteando: «Chojé!... Chojé!...»

Desperté, y sobre las olas  
me eché a volar otra vez.

Así vivió la poetisa maldita y soberbia, la virgen triste desterrada del Walhalla, vagando como una extraña sombra sobre la tierra; hasta que una noche «sin pupila» fué arrebatada en alas de un negro pájaro salvaje, suelta al viento de la muerte la cabellera en la que se enredaban los astros.

Alberto Zum Felde

(*La Pluma*, Montevideo).

## Olivos y aceitunos

EN la discusión promovida con el anuncio de que el gobierno va a tomar una actitud definida en la cesión o administración de terrenos petrolíferos, han surgido, como era de esperar, dos partidos. Ocorre cosa parecida en las ciudades de provincia cuando en una misma compañía dramática de las que las visitan hay dos artistas femeninas de virtudes histriónicas equidistantes de la perfección. Las gentes de provincia manifiestan su predilección de manera tan viva que los odios resultantes duran mucho más que la memoria de las actrices cuya manera de entender el arte dió origen a ellos. Ahora Bogotá se compone de los que creen en el cazador de concesiones británico y los que le dan su corazón al procedente de la gran república norteamericana. Nuestros conciudadanos están disipando sus simpatías en un gremio que no las merece y, sobre todo que no las solicita. Los intereses a que esas gentes sirven carecen de sensibilidad, y quienes los representan están convencidos de que sería perjudicial dejarse guiar por ella. El agente petrolero varía poco en su aspecto moral, cualesquiera que sean su nacionalidad y su raza. Cuatro años de observación constante, en un medio eminentemente propicio, y en diaria comunicación con ellos no me dejan duda sobre las partes salientes de su sencilla composición mental. Son entre los hombres de presa los menos hábiles para esconder sus apetitos, sus anhelos remotos o cercanos. Si les tocan la política sonríen con aire de persona iniciada; si les tocan la religión afectan seriedad y respeto; si les tocan la bolsa vociferan estrepitosamente y pueden causar daño. Son donde quiera iguales a sí mismos. Interior y exteriormente el que viene de Londres no se diferencia del que tiene su domicilio en Jersey City, y el que nació en las fértiles llanuras de la Mesopotamia corre parejas con el que ejerce sus habilidades en la placidez de los valles interiores de Colombia o en la temperatura líbica del Lago de Maracaibo.

En el otoño de 1915, época desolada e inolvidable, en que los ingleses empezaban por primera vez en un siglo a dudar de sí mismos, asisti-

a un banquete organizado para celebrar la firma de un contrato sobre explotación de hidrocarburos en una república sudamericana, diferente de Colombia. A la mesa estaban las grandes notoriedades de la industria petrolera. Figuraban allí la Shell con sus hombres más conspicuos y la Royal Dutch con el más agresivo de sus representantes, Mr. Henry Deterding. Todavía no le habían hecho caballero. Hoy se llama Sir Henry y ha llegado a ser el voto decisivo en las grandes cuestiones que el petróleo suscita en el viejo mundo. De nación holandés, israelita de estirpe, capacísimo hombre de negocios, tenaz e impelente, ávido de poder y distinciones, no es raro que haya llegado tan pronto a la posición que hoy ocupa. Su estructura moral sirve de símbolo excelso en la numerosa grey de exploradores y solicitantes que han convertido el planeta en un lago subterráneo de aceite. En ese banquete, el sudamericano vendedor de la concesión, al dar las gracias por el homenaje, dejó testimonio de su complacencia por haber vendido su empresa a una sociedad británica más bien que a los hombres de la Standard Oil, porque, decía él, es costumbre de estas gentes mezclarse en la política de las naciones donde desenvuelven su actividad, con ánimo de torcer la voluntad de las autoridades, no sin llegar en ocasiones a fomentar disturbios políticos y organizar guerras civiles de funestos resultados. Contestó Sir Henry. No tiene fácil la palabra. Su manera de producirse en inglés podrá ser más grata al oído y su sintaxis más elegante; pero dice lo que quiere y no más de lo que piensa. Al retribuir los cumplimientos del caballero sudamericano diseñó en pocas palabras un tratado impermeable de moral petrolera. Según él las compañías de que era socio se fundaban con la premeditada y única intención de hacer dinero. Por lo tanto, se habían esforzado hasta entonces, con atención y perseverancia, por abstenerse de intervenir en la política de los pueblos donde ejercían su actividad, porque juzgaban que tal intervención era pecuniariamente dañosa. Sin embargo, el día en que las circunstancias o el azo-

namiento les enseñasen que tomar parte en la política de las regiones explotadas o explotables podría contribuir a aumentar los proventos de sus empresas no vacilarían en adoptar la política de que hasta entonces se habían abstenido.

No se hizo visible por educación en los latinos presentes la sorpresa causada por la ruda franqueza con que fue impuesta la doctrina del petrolero ideal en aquella reunión de industriales dedicados con un firme sentido de la responsabilidad a difundir por todo el mundo las sagradas normas de la civilización y sus codiciadas amenidades.

Pero la sorpresa existió seguramente. Los demás, británicos o armenios, aplaudieron con entusiasmo reverente.

De entonces acá el señor Deterding ha tenido ocasión de contradecirse a la faz del mundo. Hace algunos meses, en la imposibilidad de adueñarse del petróleo ruso, amenazó al poder soviético en palabras de bíblica entonación con hacerles la guerra política y económicamente, cerrarles todos los mercados, y forzarlos por medio del aislamiento a capitular y ceder sus riquezas de hidrocarburos. Siguiendo esa política bátavojudaica el parlamento inglés ha roto neciamente (en



El traje hace al caballero  
y lo caracteriza

y

La Sastrería

## La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales  
o al contado

Hay un inmenso surtido de  
casimires ingleses. Operarios  
competentes para la  
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez  
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R.—Teléfono 1283

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura  
cuidan de su buena apariencia.

## La Sastrería Americana

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50 c/u.**

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la **SASTRERÍA AMERICANA** son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

concepto de Lloyd George) las relaciones con Rusia.

De lo cual se han aprovechado rápidamente los petroleros de New York para hacer compras a bajo precio y en grande escala al gobierno de los soviets que, según parece, guarda considerables reservas de petróleo. En esta conyuntura el señor Deter-

ding, ya con el nombre de Sir Henry, se olvida de sus atrevimientos verbales de 1915 y asumiendo el tono de la grande oratoria civilizante, vana y exhausta, se dirige a la Vacuum y a la Standard Oil, según telegrama reciente de la United Press, con estas palabras atronadoras e incompetentes: «La línea de

conducta adoptada por vosotros es contraria a los intereses superiores de la humanidad, a la honradez comercial y tendiente a reemplazar el petróleo norteamericano, del que hay ahora exceso de

producción». La sintáxis y la lógica de estas expansiones inocuas no logran oscurecer el concepto del insigne moralista: Sir Henry Deterding ha llegado al período vociferante.

B. S a n l n C a n o

(El Tiempo. Bogotá)

## El marido de la maestra

=Del tomo *Luz mala*. Ediciones de NUESTRA AMÉRICA. Buenos Aires. 1927=

EN nuestras extensas campañas despobladas, donde se marcan las sensibles distancias por una casa situada de lejos en lejos, era habitual el dar posada.

Y como siempre es bueno estar bien con la policía, los representantes de la autoridad hallaban, por donde fuesen, abiertas de par en par y acogedoras las puertas de boliches y estancias.

De tal costumbre, Juan Talero, como lo deben hacer muchos otros comisarios, se aprovechaba.

Él era el segundo de la sección y *recorría*, sólo seguido de su asistente, un negro petizo, ñato como «refalada e capincho» y, cosa rara en milico, trabajador y *liberal*.

Aparte de sus méritos de conservador del orden, el segundo era una excelente persona. Se le podía criticar su propensión a empinar el codo y el volverse farfantón y barullento cuando había ingerido algunas copitas, pero hasta en esas oportunidades se conservaba *güenazo* hasta por demás.

Así es que no era mal recibido ni pesado con su acompañante quien, quitada su casaquilla, ya andaba en la lidia de la cocina, pisando una mazamorra, o en el galpón, dando una manito en lo que se presentase.

Fuera de algún cristiano excesivamente avaro, el comerciante o el hacendado tiene que hallar grata la visita que matiza su soledad, la distrae con una prosa entretenida o las interminables incidencias de un truco, alterando la monotonía de sus vidas.

No sé si comprendiendo eso, Juan Talero se dejaba estar sus dilatados días en lo de don Tarcisio Cardozo, en *La Azotea*, y había de ser recordado de sus deberes por algún subordinado que le traía órdenes del Primero.

Lo único que no estaba muy bien era lo del funcionario haciendo estaciones en lo de Susana Amarillo, quien tenía una justa fama de *mujer de la vida* y se ignoraba por qué diablos había venido a sentar sus reales en el pago.

En verdad, él trataba de disimularse en sus visitas a la paica, pero esa maldita costumbre de hacerlo todo con calma y con cómodo alargaba con exceso sus estadas.

\*\*\*

Donde no había llegado nunca era a la escuela.

De ello se felicitaban la maestra y

su madre, pues dado que eran mujeres solas sus visitas podían aparecer interesadas y dar lugar a equívocos.

El segundo apenas saludaba y pasaba de largo.

Peró ahora, con la cuestión de la jira del Ministro de Instrucción Pública quien, en vez de llegar al colegio, de acuerdo con su promesa, se detuvo en la Comisaría a comer un asado con cuero y a echar un discursito a cuenta de las elecciones futuras, no tenía nada de extraño que él, al saludar, sofrenase su caballo.

—Buen día, señorita... sabe que no viene el hombre.

—Buen día, señor comisario; ¿qué hombre?

—El ministro, pues.

—Ah!

—Como les había prometido... Yo quise traírles la noticia.

—Gracias... ¡Qué lástima! Teníamos todo preparado.

Talero había cruzado la pierna sobre el recado buscando una posición cómoda; su caballo pesado, medio sillón, grande como para sostener la enorme figura de su dueño, movía la cabeza haciendo sonar la coscoja de plata.

El negro asistente se había apeado como a arreglar la cincha de su pingo y puesto de bruces contra el cuello de su cabalgadura, inclinaba el casco kakí sobre los ojos intentando un sueñito.

El superior comenzó a hablar del ministro.

—Mozo lindo, muchachón tuavía; farrista como él solo... Comió y chupó a lo criollo, a lo que te criaste... Ya ve, es así... Com'ustede, él también es de Montevideo... Y a uno le parece que porqui-allá son todos doctores y generales, y está el Gobierno... le parece no sé qué... Pero yo digo siempre: y di-ahí? no son como todo lo jotro? Gente güena... sin gueltas... Al fin y al cabo orientales... Todos semo orientales...

—Es verdad, señor comisario.

\*\*\*

Había venido la madre de la maestra, la hermanita, a quien el aire del campo robusteciera y hermooseara.

Contestaban con monosílabos, un poco cortadas.

Quizá por aquella mala fama que gozaba el mujeriego.

La señora se secretó con la hija:

—¿Lo invitamos a bajar?

—Yo creo.

—¿Por qué no se apea, señor comisario?

El sonrió, indeciso.

La señora insistió.

—Hay un sol que asa... Bájese, descansa un poco.

Respondió como por fórmula:

—En fin, por no despreciar.

Descabalgó, tiró las riendas al milico y siguió a las señoras.

\*\*\*

Fué una de correr a lavar el mate dulce para prepararle un amargo.

Le tomaron el rebenque de mango de plata y el sombrero un tanto grasoso y con un olor fuerte de bestia silvestre; le ofrecieron un sillón del cual el hombre se fué posesionando con discretas precauciones hasta que, instalado con seguridad y a gusto, comenzó a hamacarse rítmico mientras charlaba.

Detuvo el vaivén para liar un cigarrillo.

Fumó, expandiendo humo abundante por boca y nariz mientras conversaba, hasta el punto que el bigotazo, hasta las cejas, daban idea de una maraña que iba a comenzar a arder.

Continuó hablando.

—Qué diablos, tanto tiempo'e pasar p'acá y p'allá... Y siempre decía: un día v-i-a pegar una sentada pa echar un párrafo con la maistra'e Montevideo... y la mamá... y la hermanita... Lo que son las cosa!... Tanto v'al cántaro al agua...

Y no se crea que su rosario, semi-monologado, se desgranase sin pausas y silencios.

No. Él, de acuerdo con su idiosincrasia, no se apuraba ni para eso.

A veces miraba para afuera, entrece rrando los ojos heridos por la resolana.

El asistente, curvo sobre el pescuezo de su flete, dormitaba junto al alambrado.

El tordillo mosqueaba, se chicoteaba los flancos con la cola, movía la coscoja—luna de argento relumbroso—que, cuando la conversación decaía, alargaba hasta sus oídos su tableteo característico.

\*\*\*

La señora hubo de secretarse de nuevo con la hija.

—Señor comisario, ¿por qué no hace entrar a la sombra al soldado con los caballos?

—Ah, sí... güena idea, aprobó él. Alzó la voz.

—Filisbino! Dentrá, pues.

El negro no se hizo repetir la orden, cual si la esperase. Abrió la porterita, tomó al tordillo de la rienda y se vino hacia la enramada seguido por su matungo.

La visita seguía conversando.

El mate iba y venía, iba y venía.

Le dieron vuelta; le cambiaron la yerba.

—Güeno el amargo... Nu hay como el entrevero de l'argentina con la paraguayaya...

El segundo era incansable e insaciable. Reanudaba el hilo de su discurso inicial:

—Se ven casos...

Aplastaba el calor bochornoso del mediodía.

—¿No le hará mal el resplandor, señor comisario?

—Tamu acostumbrau...

—Si le parece cerramos un poco la puerta.

—Nu es mala la idea.

Ya no había temas.

Enmudecían en largos silencios.

Ahora callaba la coscoja porque el negro, al aflojar la cincha de los caballos, los desenfrenó.

Entre el llamear casi invisible de la reverberación solar, los espejismos ópticos mentían frescuras de aguas azulinas.

El paisano, mirando hacia la carretera, enseñándoselas, les reveló:

—Son las lagunitas del diablo que, pa judiar al cristiano muerto'e sé, el Malño pone ante sus ojos...

Venía del campo el chisporroteo del resquebrajarse de los pastos resechos y un asordinado, monótono gemir de palomas, mezclado a un chirriar agudo, como metálico, de insectos gozosos en la canícula...

Una chicharra, borracha del vino del estío, chillaba frenética, punzante, como el eje desaceitado del paisaje todo fuego y trépida palpación.

La visita no se iba.

\*\*\*

La señora pidió permiso y se levantó.

Después lo hizo la niña menor que, cuando regresó, al sentarse, le avisó a la maestra:

—Mamá te llama.

El secretarse no era suficiente.

Había que aconsejarse respecto a la decisión a tomar.

La visita no se iba.

\*\*\*

La señora, con la *piona*,—morena supersticiosa, que había aconsejado la medida empírica de parar una escoba atrás de la puerta o echar sal en el fuego para espantar el visitante,—andaban por la cocinita de lata que parecía un horno.

La señorita maestra se animó a hacer la invitación:

—¿Nos va a hacer el honor de almorzar con nosotros?

El, pachorriento, buscó el bolsillo del chaleco, desenterró el grueso reloj de níquel, con su llavecita colgada al costado y comentó:

—¿Cómo se pasa el tiempo!...

## La mañana golpeó...

*La mañana golpeó los cristales  
con sus dedos blancos*

*la transparencia  
alfiler de vidrio me hirió los ojos.*

*los ojos que se cicatrizan  
cuando nos lavamos la cara  
y nos desayunamos con la miel  
de los paisajes dormidos*

Francisco Amighetti

San José, Costa Rica.

Y, quizá por primera vez, considerando correspondía una cortés negativa o por lo menos el hacerse repetir el ofrecimiento, sin el más lejano amago de ponerse en pie, aventuró como una opinión:

—Hay que dirse.

Le refutaron:

—No, no; es tan tarde... y con semejante sol!... Acepte, señor comisario... No le vamos a presentar un banquete... Usted se hará cargo...

El, ya sin disimulo, tomando el asunto como cosa resuelta:

—Bah, déjese de rendivuses... Yo soy güeno pobre. Y ahora sí, se incorporó y pidió:

—Con permiso.

Ordenó al milico que desensillase y mientras el campo le respiraba sobre el rostro una bocanada de aire cálido, opinó:

—Qué diíta!... Caramba, no se v'a poder sestiar ajuera...

El negro estaba calculando que con una arrastrada de mata-ojo se podía arreglar lindo la enramada.

\*\*\*

Cómo se iba a ir el comisario con aquel sol!

Pero también quedarse a dormir— aunque fuese la siesta— en una casa de señoras solas!

No estaba bien.

¿Cómo se lo decían?

La solución fué que la peona—ya abandonados los inocentes e inocuos maleficios—tendió un catre en el local de la escuela.

El asistente le trajo las apargatas que él usaba llevar bajo los cojinillos y, cuando el jefe se recordó, pidió para ceparle mate.

\*\*\*

—Así parece que uno está en su casa... definió él su satisfacción.

\*\*\*

A la tardecita, sin apuro, contento, amigos de toda la vida, se despidió.

Y ya lo tuvieron todas las semanas.

Se repitieron las escenas, la insistencia para que se quedara, pues si bien él con sus frases se resistía a aceptar, no se movía de la silla, demostrando que de antemano venía resuelto a la estación.

—Vea lo que son las cosa, repetía, vea... vea la maistría'e Montevideo. Yo tenía cortedá'e arrimarme... pero siempre decía: y di-ahi, no son como todo?... Y resulta que en lo qui andaba errau es que no tienen comparación. No es por decirlo ni por alabarlas: aquí m'encuentro mejor q'en ningún lau...

\*\*\*

Se sabe... esas continuas visitas no pasaron desapercibidas en el pago.

El segundo noviba con la maestra.

Se lo espetaron a él, y rió bonachón, bromista:

—Güe! Ni mi ha pasau por la molle- ra... La historia del burro y la hormiga, si no juera mala la comparanza... Tan minguerlina la mocita, tan alfeñique, p'hacer yunta conmigo que parezco de raza frisona!

Hacia acertada referencia a la persona casi miniatresca de la muchacha y a su figura de indiazco grandote y pesado.

Insistían.

El se echaba p'atrás....

—Y di-ahi?... ¿No soy un güeno mozo?... Ya se quisieran muchas necesitada!

Se puede afirmar lo obligaron a detenerse a observar a la señorita con cierta curiosidad.

No era linda, pero había engordado un poco y poseía bello cuerpo, manos y pies chiquitos, la boca fresca y los claros ojos luminosos, bajo las cejas de arco perfecto.

Después, una cosa rara: había una razón sugestiva llena de atracciones: el jamás había cultivado una relación con una niña bien.

—Como perro 'e pobre, pensaba: cogote y garras...

Chinas cuarteras, mulatas e indiecitas de los arrabales de los pueblos, de los ranchos a orillas de los caminos, peonas de por aquí, de por allá...

Para él, el encanto imantado de aquella casa residía en eso, en el halo de pureza, de limpio, de noble del hogar de la maestra... Y casi inverosímil efecto del ambiente, cuando el segundo comía en la Escuela nunca se emborrachaba.

\*\*\*

Sin embargo el aliento impuro del lupanar debía tentar contaminarlo.

Una noche que Juan Talero golpeó en el rancho de Susana Amarillo, la barragana, que por suerte estaba sin compañeros de ningún sexo, le gritó desde adentro:

—And'á revolcarte con la maestra pueblera!... Andá!.. Andá!... And'á olerle como los cuzcos!

Las frases procaces lo avergonzaron.

—Chist!... Chist!, suplicó silencio, como si viese paradas, alertas mil orejas en la soledad de los campos.

Luego la indignación lo quemó en su llamarada:

—Callesé, ya! la trompeta, lengua larga! Nu emporque la gente! La gente! La gente!, voceaba como definiendo la diferencia que la realza y separa de la chusma.

Daba puñadas feroces contra la madera endeble de la puerta.

La otra vociferaba, venenosa:

—¿Gente? ja, ja... ¿qué me contás? ¡Miren las niñas, las fruncidas y después son más calientes que las gallinas!... And'á repasártelas!... Andá, que yo les v-i-a gritar qui andan sonsacando, robando marido de las jotas!

—Te v-i-hacer callar, grandísima yegua! De un hombrazo echó la puerta abajo

y hubo de defenderse de la china, vuelta un basilisco, para después curtirla a lazo. Pero terminó quedándose allí, cerrando la *lición* con una gran borrachera repartida entre ambos, porque le tenía cariño a la desgraciada que él, secretamente, había echo instalar en su sección.

\* \* \*

Suspendió las visitas a la escuela. Aquella gente tímida respiraba mejor. Con todo, lo echaban de menos y, sin revelárselo, se leyeron en los ojos las interrogaciones:

—¿No vendrá más?

Se les había vuelto cosa familiar el hombrón llenándoles la casa.

Sin darse cuenta se había infiltrado entre sus costumbres... Tenían un mate, comprado para su amargo y había un sitio en el cual el sillón del segundo se dijera lo esperaba.

Recordaban anécdotas, envolviéndolas en una atmósfera sentimental y cariñosa.

—El pobre, no tiene familia...

\* \* \*

Se acordaban de una tarde nublada en que la señora cortaba un vestido: la visita de pie, en el vano de la puerta, oscurecía el aposento hasta el punto de hacerle confundir y echarle a perder el género.

—Ay, señor Talero, me ha hecho tomar una línea por otra...

—Caray, doña Catalina, y no se puede remediar?

—No, pero no es nada, trató la señora de suavizar el mal efecto que podía haberle causado.

Y el pobre hombre, confuso, al otro día, entre un embrollo de disculpas, sacó de entre los cojinillos una pieza de tela, fantástica de colorinches, que hubieron de recibirle de regalo.

La niña menor pensaba en la ternura de la voz bronca, respondiéndole, paternal:

—Pues sí, m'hijita.

La maestra utilizaba sobre la sensación de oscuro miedo que le producía.

Lo asemejaba a una gran fiera domesticada, a la cual,—aún temblando en la idea de un posible despertar de su dormida ferocidad,—sentíase atraída.

Quizá el contraste de la masculinidad áspera del varón venía a equilibrar un orden donde todo era modosito y femenino.

Instinto remoto de la necesidad del hombre en el hogar, de la confianza en una fuerza y en una defensa.

Cosas que debían acallarse porque hasta el innato pudor lo ordenaba y además, en realidad, lo pasaban muy bien solas.

Por eso era de felicitarse que terminara tan oportunamente la asiduidad del visitante, indiscreto motivo de hablillas para el estrecho mundo que los rodeaba.

Ahora dejaba de venir.

Ellas se llamarían a sosiego.

Era la más criteriosa solución. Se cortaban de raíz los diceres y más a esa

altura en que ya no era un misterio para nadie la presencia de escándalo de la Susana Amarillo.

Lamentaban perder un amigo, un buen amigo, porque no era el caso de recordarle:

—Segundo, aquí tiene una casa donde se le aprecia.

\* \* \*

El no las olvidaba.

Tenía reparos en dejarse ver llegando a lo de su amante.

Se avergonzaba de las *trancas* y no se le borraba de la mente la escena de aquella noche de la soba... Trataba de disculparse con una alzada de hombrós:

—Qué caray, al fin uno es hombre...

Luego:

—Con todo, soy un bárbaro!

Y temía que algún día ellas le reprochasen:

—¿Cómo pudo dejar decir aquello?!

—¿Dejar?, componía entre sí su defensa: dejar! le rompí las muelas!

\* \* \*

Corrieron los meses.

Tras estos, le anduvo insistiendo en el magín un pensamiento:

—Tengo que pegar una güeltita por lo de la maestra... Gente tan güena!

Previamente, como para limpiarse de culpas y ayudado por una de sus borracheras, había echado del pago a su querida, volteándole el rancho en una noche y haciéndoselo transportar por el asistente y otros milicos.

Con el primer sueldo que recibió fué a elegirse una buena vaca lechera, y con su respectivo ternero, y al enviársela a la maestra le recomendó a Filibino:

—Q'es un obsequio que les manda mi segundo, don Juan Talero.

La favorecida le escribió una bonita carta de agradecimiento que él se hizo leer y releer por el escribiente de la comisaría, y resolvió, al enterarse de que ellas se extrañaban que hiciera tanto tiempo no las honrara con sus visitas:

—Las pobres! mire, no? V-i-a dir, sí... Cómo no v-i-a dir.

Y volvió a caer... y a aceptar los almuerzos.

\* \* \*

Una siesta en que estaba por acostarse en su catre, reforzado con guascas de cuero crudo que el mismo trajera, la señorita entró al local del colegio a buscar unos cuadernos olvidados.

Tenían tanta confianza.

El ya se estaba volviendo uno de la familia.

Ese día, quizá por esa misma familiaridad que lo alejaba de los cumplidos y etiquetas, se había dejado ganar por su gusto al vino y, sin pasarse mayormente, estaba alegrón.

Miró a la muchacha y la encontró linda.

El vestido breve dejaba ver la media negra; la blusa muy escotada mostraba su cuello mórbido y blanco; llevaba desnudos los brazos.

El, sin oculta intención, la habló, riendo:

—Oh, mi novia.

Ella giró sorprendida y ante su bonhomía hubo de sonreír.

—¿Usted sabe, eh?, interrogó el hombre.

—¿Qué?

—Es corruto que semo novios, pues!

A ella se le ocurrió,—al fin era mujer,—coquetear inocentemente y se dió vuelta con las manos en las caderas.

—Y qué! ¿soy tan horrible yo? ¿No puedo gustar a nadie?

—A naides?

Realmente, sin buscarlo, se ponía provocativa:

—¡Qué poco caballero!

El la miraba, la miraba, como apreciándola.

Hizo amago de hablar. Posiblemente no se le habría ocurrido nada o habría repetido como en el primer intento una frase oída... Quizá la hubiese lisonjeado:

—Está preciosa, Carmen.

Ella lo conminó:

—Ni una palabra! Estoy ofendida!

Era un juego.

—Vea...

—Cállese, señor descortés.

Bromeaban.

—Vea, Carmencita...

Por primera vez pronunciaba su nombre, y lo hacía tierno, en el diminutivo.

Ella alargó la mano fina, blanca, tersa —de señorita— e intentó cubrirle la boca.

—Ni una palabra más he dicho.

Los labios calientes, el bigote áspero se la hicieron recoger como si se hubiese quemado, pero él, tartajeando frases de cariño, le había pasado una mano por la cintura y la estrechaba contra sí con una brutal presión de dominio, de posesión.

La chica sintió el aliento quemante, pesado, denso de olor a vino y a tabaco fuerte, tembló toda como un pájaro que va a morir y se le desmayó en los brazos.

El, con las piernas de plomo y los movimientos torpes, fué, desgonzado, hasta la puerta, y la trancó.

\* \* \*

—Le tengo horror a ese hombre, se confiaba con la madre.

—Y qué hacemos, irnos?

—Pero, cómo? ¿Y a dónde?

—Y si le devolviéramos la vaca...

—Si le pidiéramos que no volviera más... Dios mío!

\* \* \*

El segundo, entre abochornado y arrepentido, venía más de tarde en tarde y se desquitaba de sus preocupaciones y sus afanes con grandes chupandinas en los almacenes.

Perdía el control.

Una vez vino de visita, ebrio.

Grotesca escena:

El hombrón reía estúpidamente por la menor zoncera y aventuraba cuentos procaces, mientras la maestra, pálida, trasparente, se mordía los labios hasta hacerse sangre.

Se quedó a almorzar.

Luego de su siesta pesada mandó buscar a la señorita con el asistente.

Era el colmo.

Fué la madre, que llegó llorando.

—Oh, qui hay? se sorprendía él... Qui hay?

—Señor Talero, nosotros somos una familia honrada... Le hemos abierto las puertas de una casa pobre... Lo de la vaca, mire...

Y la señora se ahogaba entre los sollozos.

El protestaba:

—Dejesé de la vaca, pues...

La conformaba:

—Pero, doña Catalina, pero, doña Catalina, era p'hablarla, sabe... Yo he faltau, ust'es una señora de respeto y todas, a cual mejor... Y lo digo aquí y a donde quiera. Yo comprendo q'he faltau!... Pero mire, nel pecau está la penitencia, como dice el refrán...

Doña Catalina, si usted quiere y si ella consiente, yo me caso, sabe... Qué caracho! uno no es ningún desalmáu, ningún perdulario!

Y en resumidas cuentas soy una autoridad y donde debo respetar respeto, y donde debo cumplir cumpro.

La señora no sabía qué decir, qué responder.

\*\*\*

Fué a consultar a la hija.

—Y ahora, eso de casarse; Carmen!... Ve, Carmen!... Tienes que hablar con él.

La aludida se quedó rígida, con un ademán cortado en el aire, sin hablar, sin moverse.

Fué.

Seca, cortante.

—¿Qué quiere?

—Venga, m'hija... venga, Carmencita.

A ella otra vez le pareció que se desmayaba, tenía la garganta estrangulada; intentó retirarse, huir y pudo gritarle, con una voz desconocida:

—No! no! no!

Sintió su mano en la cintura... La súplica:

—Póngame la manita en la boca, m'hija.

\*\*\*

Se casaron.

El segundo se instaló en la escuela.

Al verano siguiente dormía sus sabrosas siestas bajo la enramada.

Engordó.

El pobre tordillo viejo, arqueado con sus doce arrobas, arrastraba las patas por el callejón en sus idas y vueltas a la comisaría.

Se puso más haragán.

De mañana dormía hasta que el sol estaba alto.

Le traían el mate a la cama.

El vino le alargaba y le ahondaba deliciosamente las siestas.

En sus funciones no hacía recorridas como era su deber y el superior hubo de llamarle la atención.

—S'está tan bien en casa! Qué diablo! p'andar bobiando por ahí, al rayo'el sol.

El primero le interrogó:

—Diga Talero, cuántos años tiene de servicio?

—Pish...una porretada...dende guri ando'e sargento'e linia, de polecía...A ver: nel 90 con el mayor Brito, estábamo, estábamo nel Arapey...Nel 97 me hi-

cieron alferé en Cerros Blanco... Le debo andar raspando a los treint-años.

—Hombre, se podía jubilar para vivir tranquilo.

Sonrió.

—Sabe que no es mala la idea...Lo v-i-a pensar.

Inició las gestiones y consiguió una pensión bastante discreta.

—Qué caray, con lo que gana Carmencita, la pobre, y estos vintencitos, nos alcanza.

Y duerme sus dilatadas siestas a la sombra ancha de la enramada que el negro, que continúa llamándolo segundo o mi jefe, ha arreglado como una obra de arte, y a donde le trae el cimarrón cebado de *maistro*.

\*\*\*

A veces, de tardecita, cuando el campo ya tiene la sombra recogida del anochecer y el lucero se asoma dulce cual si fuera a marcar otro camino de Belén, él toma su eterno mate amargo y repite por centésima vez, a su mujercita:

—Lindo, eh?... se vive lindo...

Cual tras una madura y ponderada reflexión, exclama:

—Es pacífico: yo no me canso 'e decir: el hombre siempre hace falta en una casa.

\*\*\*

Llegan los exámenes y Talero estrena bambacha y saco nuevo, sombrero llamante y fino pañuelo de seda.

Es presentado a las autoridades escolares:

—Mi marido...

El marido de la maestra...

El marido de la maestra asiste a la ceremonia, pero a la siesta se retira a su enramada y repite a los mozos de la ciudad, los examinadores, y a algún vecino o estanciero amigo que asiste a la prueba escolar:

—Lindo, eh?... muy lindo...

Y tiene una bonachona conmoción de padre ante los muchachitos endomingados, ante el gringuito inteligente que papagayea el discurso de ocasión o recita un retórico *Himno a la Bandera* o el *Canto al General Artigas*.

—Qué bonito compuesto!

\*\*\*

En realidad no ha pasado tanto tiempo para olvidar el nombre de Juan Talero, que fué segundo comisario de la sección. Sin embargo, no se le conoce sino por *el marido de la maestra*.

Desprestigio de oficio...

El debía decirles que cobra su pensoncita, especialmente a esos que, antes que él exprese su optimista apreciación de la vida, le deslizan:

—Lindo, eh?... se vive lindo...

Bah, él sólo sonríe, concluyendo:

—Me lo sacó 'e la boca,—y repite calmo, como un eco:

—Lindo... se vi-ve... lin-do.

Montiel Ballesteros

## Tablero

= 1929 =

*La Follette's Magazine* se titula un se manario importante que se publica en Madison, Wisconsin. En enero y 1.º del año en curso, ha cumplido este semanario los 20 años.

Veamos lo que al respecto dicen sus editores actuales:

For these twenty years the Magazine has kept our readers informed on the affairs of government at Washington and abreast of political progress.

From *La Follette's* you got the complete story of the seven-year fight that restored to the people the nation's stolen oil reserves worth hundreds of millions of dollars. From *La Follette's* you learned of the menace of the Electric Power Trust, its corrupting propaganda in our schools, churches, the press and other avenues of public opinion.

*La Follette's* is constructive; we had one order for five hundred copies of the September number containing Alvin Reis' article *Ontario Points Way to Cheap Electricity*. And for every issue we get orders from all parts of the country for use in schools, libraries, debating societies, women's clubs and other organizations interested in public questions.

It is an indispensable family Magazine. Home, Education, Farm, Labor, Travel, Books, Drama and other subjects of universal appeal, are featured in *La Follette's*.

La suscripción anual a este semanario —que recomendamos calurosamente— cuesta \$ 1.

### El buen ejemplo

Querido García Monge: Para retribuir en algo los servicios que Ud. nos presta con *Repertorio* le envío algunos ejemplares de *Precursores*. Humilde retribución, pero se hace lo que se puede.

(Fragmento de carta de A. Torres Riosco al editor del *Rep. Am.*)

### Algo que interesa a los escritores de nuestra América.

Acabo de instalar una Agencia General de Publicaciones Argentinas en el Pasaje Bello (San Antonio y Moneda). Usted que conoce a Santiago recordará este lugar, está en el corazón comercial de esta gran ciudad. Mi Agencia está a sus órdenes y a las de sus amigos, más que el interés comercial persigo el conocimiento mutuo por el libro. Al margen le diré otra cosa; NACIMIENTO tiene un libro mío para publicar: *Literatura de Guerra y de Post-guerra*, prólogo del Dr. Manuel María Oliver.

Dígale a Blanca Milanés, que en unos días más irá *Orientación* con un juicio mío sobre su libro.

Como siempre a sus órdenes

JULIA GARCÍA GAMES